

FBI

THE
IMPERIAL
VICTIM
OF THE
VENGEFUL
PLOTTERS



**JOHN
A. LAKEWOOD**

**MASACRE
EN
Tokio**



JOHN A. LAKEWOOD

Masacre en Tokio

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Masacre en Tokio

JOHN A. LAKEWOOD

CAPÍTULO I

L

A mañana era luminosa. El sol, muy alto, enviaba sus rayos sobre una tierra plena de belleza.

Para Walter Carry la ciudad de Honolulu era la plasmación de sus sueños en el inicio de su vida como agente de la Sección de Extranjero del *Federal Bureau of Investigation*.

Desde su salida de la Academia de Quantico, había intervenido en numerosos casos, siempre con éxito. También hubo de soportar la rutina inacabable de servicios tradicionales.

Empezaba para él una vida nueva, que esperaba apasionante.

Disponía de dos horas mientras repostaba el avión que había de conducirlo a Tokio. Walter fue uno más de los muchos pasajeros que prefirieron pasear por la población a permanecer en el aeropuerto.

Hacía calor. Carry, feliz, penetró en un bar no sin detenerse unos segundos en la puerta para admirar el detalle de conjunto. En el local abundaban los extranjeros, especialmente franceses y británicos. El establecimiento era amplio, provisto de grandes ventanales que permitían al aire refrescar el caluroso ambiente.

Acodados en el mostrador, varios hombres conversaban de temas políticos o financieros. En las mesas dormitaba algún que otro indígena. La tónica de las islas Hawái es la pereza, fruto de un clima siempre igual.

Walter atravesó el amplio local pidiendo a un camarero.

—Póngame un *highballs* con mucha ginebra.

El aludido, con una inclinación de cabeza respondió:

—Ahora mismo, señor. Si lo desea, puede pasar a uno de los reservados. Estará más cómodo.

—Gracias. Indíqueme el camino.

Precedido del sirviente, anduvo por un largo pasillo, en cuyos laterales había numerosas puertas. Traspuso una de ellas, encontrándose en una reducida habitación desde cuya ventana se divisaba un extenso jardín.

El camarero se retiró para servirle lo pedido y una vez solo Walter Carry encendió un cigarrillo, acomodándose en un amplio

sillón de mimbre. Se abstrajo en sus meditaciones, recordando las órdenes recibidas del Alto Estado Mayor del F.B.I.

Durante meses un especialista en dialectos orientales le estuvo instruyendo sobre las características de la nación a la que iba a incorporarse. Así de forma intensiva, consiguió asimilar parte del vocabulario japonés, religión y forma de gobierno. Con un suspiro evocó sus futuras comidas en el Imperio del Sol Naciente. Espantábanle los posibles menús a base de rábano picante, pescado crudo y salsa de soja.

La llegada del camarero interrumpió sus pensamientos. En la bandeja, junto a un vaso de cristal tallado, llevaba una carta.

—Para usted —dijo, entregándole el sobre—. No espera contestación.

Una vez que hubo depositado la bebida en la mesa intentó retirarse. Walter le detuvo.

—Espere. ¿Quién le dio esto?

—Un caballero. Ya se ha marchado.

Carry, tras dudar unos segundos, autorizó:

—Váyase. Le llamaré si le necesito.

Por una señal hecha en la parte superior izquierda del sobre había reconocido el mensaje como portador de órdenes del *Federal Bureau of Investigation*.

Con dedos nerviosos rasgó el papel, dejando al descubierto una cartulina conteniendo letras y números. La misiva había sido escrita en una clave sencilla. Se dispuso descifrarla, sacando del bolsillo interior de la americana un carnet y un lapicero. Apenas iniciado su trabajo, la puerta se abrió violentamente y una mujer con el rostro lívido por el terror, penetró en el reservado.

—¡Defiéndame! ¡Quieren matarme!

Se escudó en el hombre que, en pie, con increíble rapidez, esgrimió una pistola “Skoda”, de fabricación checoslovaca.

—Tranquilícese, señorita. ¿Qué le sucede?

—No puedo decírselo. Por favor, no me abandone.

Carry, guardando en la cartera el mensaje que acababa de recibir, fue hacia la puerta, cerrándola con el pestillo interior. Se volvió a la desconocida.

—Nadie nos molestará. ¿Qué piensa hacer? Dentro de hora y media abandonaré para siempre Honolulu.

—Yo también, si mis enemigos me dejan.

Walter reparó por vez primera en la belleza de la desconocida. Era alta, de regulares proporciones. Su estrecha cintura le daba una sugestiva felinidad. Sus cabellos, recogidos en torno a la nuca y sus ojos oscuros aumentaban el encanto de su figura. Los labios, gruesos y sensuales, reflejaban un temperamento audaz y

apasionado.

Carry necesitaba alejar de allí a (a mujer antes de que fuera irremediable. Los especialistas de la Sección de Extranjeros del F.B.I. escribían con tintas especiales que se borraban en un plazo previsto de tiempo, el doble del que cualquier agente precisaba para descifrar las órdenes. Los signos desaparecían al contacto del aire.

Observó que su inesperada visitante no tenía intenciones de dejarle. Habíase acomodado en una silla, disponiéndose a encender un cigarrillo que extrajo de su bolso de mano. Nervioso, exclamó:

—No quisiera que me tachase de descortés. Me he encerrado aquí porque quiero estar solo. Le sugiero dos fórmulas: una es la de que se vaya por dónde vino. La otra, que lo haga por la ventana. Yo la ayudaré.

Ella sonrió con coquetería.

—¿No hay una tercera posibilidad? Prometo no molestarle. Si salgo ahora será usted responsable de mi asesinato. Me llamo Janet Slater y nací en Filadelfia. Somos compatriotas. No debe abandonarme.

Irritado por el aplomo de la joven, Carry replicó:

—Haré lo que se me antoje. No tiene por qué mezclarse en mis asuntos. Váyase, o...

—¿Será usted capaz de agredirme?

—Le doy un minuto para decidirse. Si no se marcha, lo haré yo.

Se incorporó dando a entender que no vacilaría en cumplir lo que indicaba. Ella se puso en pie. La sonrisa había desaparecido de sus labios. En sus ojos, de nuevo, imperaba el espanto.

—¡Me matarán!

Se abrazó a él y, palideciendo, se desmayó. Walter, con una maldición, inclinóse sobre Janet. Lo pensó mejor. Aprovecharía para descifrar el mensaje antes de que la tinta se borrara por completo. No llegó a empezar su trabajo. Una voz le hizo levantar la cabeza. La muchacha se incorporaba.

—Es usted brutal y carece de sentimientos. Que mi sangre pese en su conciencia.

Walter Carry, dolido por los reproches, abrió la puerta. En el corredor no había nadie. Se volvió a la desconocida, que tropezó con él. La ironía sustituyó al miedo en los oscuros ojos.

—Disculpe.

Con paso rápido desapareció de la vista del agente del F.B.I. el cual, con un suspiro de condolencia, cerró tras de sí. No le agradaba la idea de que a Janet le ocurriese una desgracia. La muchacha era bonita y, tenía que reconocerlo, se comportó mal con ella.

Deseoso de enterarse de las instrucciones contenidas en el mensaje, llevó su mano a la cartera. No pudo contener su asombro.

Acababan de robarle sus documentos y, con ellos, la carta, con las instrucciones de Washington.

Registró sus bolsillos. Había sido burlado por la que dijo llamarse Janet Slater. ¿Cómo pudo dejarse engañar tan estúpidamente?

Era inútil perder tiempo. Tenía que capturar a aquella mujer antes de la partida del avión.

Entregó un dólar al camarero, alcanzando la calle.

En un vehículo de alquiler se trasladó al puerto, el mejor del archipiélago. Dos mercantes de gran calado cargaban fardos de caña de azúcar, sal y diversos minerales. No había ningún vapor de pasajeros.

Buscó inútilmente a Janet, y en el coche se dirigió al centro de la población, deteniéndose en la calle Midway, en la que se hallan instalados los más importantes comercios.

Tras una hora larga de recorrer Honolulu hubo de confesarse vencido. Le quedaban solo quince minutos.

Mientras el “taxi” atravesaba la ciudad le invadió una oleada de pesimismo. Él no era digno de militar en la Sección de Extranjeros del F.B.I. sino de pudrirse en su país, en servicios convencionales. ¿Qué contendría el mensaje?

—Hemos llegado, señor.

Abonó el importe del recorrido y subió al avión en el momento en que dos empleados se disponían a retirar la escalera de acceso.

Con rostro sombrío miró a través de la ventanilla, viendo alejarse la para todos maravillosa ciudad de Honolulu y que a él le recordaría siempre su primer fracaso.

Una *stewardess* se le acercó con varias revistas.

—¿Quiere leer?

La voz le resultó familiar y alzó los ojos.

—¡Usted!

—¿Me conoce? Acabo de relevar a una de mis compañeras que se ha puesto enferma. Es la primera vez que le veo.

—No sea cínica, Janet. ¿Qué hizo con mis documentos?

—Los encontró el segundo piloto. Sin duda los perdió al bajar a tierra. Iré a recogerlos.

La muchacha hablaba con naturalidad, sin mostrar la menor inquietud. Fue a alejarse, pero Walter la cogió de una muñeca.

—Aguarde. Tiene que responderme a unas preguntas.

Hubo un breve silencio, roto por el ruido de los cuatro motores que surcaban el espacio en dirección a Tokio. La camarera protestó:

—¡Suélteme! Es la primera vez que le veo. Ha de aprender a tratar a una señorita.

Carry, ciego de ira, respondió:

—Usted es una aventurera, Janet Slater; una indeseable.

—Ese no es mi nombre. ¡Déjeme en paz!

Un francés, que ocupaba el asiento inmediato al del miembro federal, intervino:

—No se meta con la muchacha. No es digno.

Walter miró de arriba abajo al que le reprochaba su comportamiento y, sin responderle, se encaró de nuevo con la *stewardess*:

—¿Quién la paga? Apenas lleguemos a Tokio la acusaré del robo de un informe comercial.

Carry notó que la joven palidecía. Fue a incorporarse. No pudo hacerlo. Algo se posó en su hombro impidiéndole el movimiento. Ladeó la cabeza, fulminando al entrometido francés con la mirada.

—No se meta donde no le importa o le pesará. ¡No me ensucie con el contacto de su mano!

Las palabras del agente del F.B.I. restallaron como latigazos.

—Le pediré explicaciones en tierra.

—¡Haga lo que se le antoje!

Le volvió la espalda, el hombre sabiéndose observado por el resto de los pasajeros, insultó:

—¡Es usted un grosero!

Walter, perdido el control de sus nervios, asió de las solapas a su interlocutor, alzándole en vilo. Una voz autoritaria le contuvo:

—¡Quieto! Mientras volemós, la autoridad y la ley las represento yo.

Era el capitán del reactor, quien desde la puerta que separaba la cabina de mandos de la del pasaje presencié parte del incidente. La camarera se disculpó:

—Hice lo posible por evitarlo, señor Lamarr.

—Eso espero —replicó secamente el oficial—. ¿Quiere explicarme lo que ocurre, señor Carry?

El aludido se refirió al robo de su cartera, omitiendo su condición de miembro del F.B.I.

—No se ofenda. ¿No habrá sufrido alguna alteración a causa del clima?

—O del *whisky* apostilló el francés.

—No quise decir tanto. No promueva más alborotos. El segundo oficial le traerá lo que le pertenece. Si la señorita Kasuko es culpable, será despedida. Fume. Le tranquilizará.

Le entregó un habano. Walter comprendió lo que el capitán pretendía de él y lanzando una colérica mirada a la empleada del avión, se dirigió a la desierta sala de fumar.

¡Kasuko! Aquella muchacha era japonesa. Al menos, su nombre así lo indicaba. ¡Imposible! No tenía ninguno de los rasgos

característicos en los orientales. Sus ojos no eran oblicuos ni el óvalo de su cara pronunciado. Hablaba a la perfección el inglés. El asunto que le llevaba a Tokio se complicaba antes de iniciarse. Se llamó torpe.

Encendió el cigarro puro que le regalara Lamarr en el momento en que un hombre, de unos treinta años, le saludaba sonriente:

—Soy el copiloto, Carl Pyne. He de entregarle algo que le pertenece. Lo hallé al regresar al avión. Supe que era de usted por una de sus tarjetas. ¿Es la primera vez que va a Tokio?

A la vez que formulaba el interrogante tendía a Carry una cartera, que el burlado miembro del F.B.I. reconoció como suya.

—Sí.

—Yo también. Nada podremos enseñarnos mutuamente.

—¿Está usted seguro?

Carl Pyne miró a su interlocutor.

—No le entiendo. ¿A qué se refiere?

—A lo de mi cartera. Además de una fuerte suma de dinero guardo en ella papeles de importancia. ¿Dijo que la encontró en la butaca?

—No; en el suelo.

Hubo un breve silencio. Los dos hombres se observaron. El copiloto tenía un rostro agradable, algo infantil. Sus ojos, azules, no se desviaron de los de Carry, negros y escudriñadores. Walter, convencido de que Pyne no mentía, le tendió su diestra.

—Gracias. Disculpe mi posible brusquedad.

Carl aceptó el saludo.

—Me hago cargo. En su caso me hubiera sucedido lo mismo. Le dejo. Al salir de Honolulu nos anunciaron un posible tifón. Aunque estamos a muchas millas del mar de la China, conviene que extrememos las precauciones.

Salió el oficial dejando solo a Carry, quien, abismado en sus ideas, aspiró el humo del habano.

Su optimismo había desaparecido. Se daba cuenta de que para él, en un futuro, la vida no iba a ofrecerle los atractivos que imaginó. El placer de habitar en un mundo milenario quedaba ahogado bajo la losa enorme de la responsabilidad.

En la Academia de Quantico les previnieron de riesgos mortales y de desconcertantes intrigas. El comentario de los alumnos al finalizar el curso era que los profesores exageraron a propio intento. Aunque no ignoraban que se trataba de miembros activos del F.B.I. hombres de gran experiencia, supusieron que exageraban la importancia de los hechos en que intervinieron para cobrar mayor prestigio ante sus discípulos. Por fortuna, comprendió, cuando aún era tiempo de rectificaciones, que militar en el F.B.I. era tanto como

pertenecer a una legión de héroes anónimos. Sus servicios en Nueva York no fueron excesivamente arriesgados.

Paseó por el salón de fumador, pegando su rostro a los grandes ventanales. A sus pies, el océano Pacífico. Cielo y mar. Dos palabras y un terrible significado. Si el tifón que le anunció Carl Pyne les envolvía, tal vez aumentarían los pasajeros del reactor la estadística de víctimas producidas en accidentes aéreos.

Sintió ruido detrás de él y se volvió. Era Kasuko.

—¿No le importa encontrarse conmigo, señorita Slater?

Sin desconcertarse, la muchacha corrigió con una sonrisa:

—Hirano.

—Como quiera. Lo mismo da —Walter había recobrado el aplomo—. Hablemos en sentido figurado, como si usted fuera realmente Janet —sacó la cartera, comprobando que el mensaje estaba en blanco—. ¿Logró leer lo que le interesaba?

—Sí. Una revista de modas. ¿Me da un cigarrillo? El reglamento nos prohíbe fumar con los viajeros a no ser que estos nos inviten.

—Con sumo gusto. ¿Lleva mucho tiempo en esta línea?

—No. He sido tres años *stewardess* de la compañía. Mi recorrido era Nueva York-Londres. Me he retirado del servicio, al que me incorporé por su novedad. Hace dos semanas que no recibo órdenes de nadie. Llegué a Honolulu en el avión anterior y decidí quedarme para conocer la ciudad. Una de las camareras enfermó y, generosamente, accedí a sustituirla.

—Entonces, lo que dijo antes el capitán...

—Solo fueron palabras. Nadie debe enterarse de si soy o no afecta a la empresa.

—¿Y lo del cigarrillo?

—Costumbre, y... un pretexto para que usted me soportara —acentuó la última palabra—. ¿No me invita a sentarme?

Carry no pudo menos que admirar el gentil descaro de la muchacha. Decidió comportarse amablemente, a fin de obtener los informes que necesitaba. Acomodándose autorizó:

—Hágalo, Kasuko Hirano.

—Veo que tiene buena memoria.

—Solo cuando me interesa una mujer; en el presente caso, usted. ¿No le he dicho que tiene unos ojos y un cuerpo deliciosos?

—No. Únicamente se preocupó de retorcerme la muñeca. No quisiera ser enemiga suya.

Calmosamente, Walter sacudió la ceniza del puro en un cenicero metálico.

—No soy tan fiero como supone. Es la primera vez que no he sabido contenerme. La misteriosa Janet Slater —inclinó la cabeza con burla, en un amago de reverencia consiguió desconcertarme.

¿De veras no la conoce?

—No y me gustaría. Debe ser una chica inteligente para engañar a un hombre de su experiencia.

—¿Y cómo sabe que me ha engañado?

—Usted mismo lo dijo. Afirmó que le robaron no sé qué.

El miembro del F.B.I. dejó transcurrir unos segundos, para comentar después:

—No parece usted japonesa.

—Lo soy. Mis padres, aunque nacieron en Tokio, pertenecen a una antigua familia de colonizadores franceses. Jamás permitieron cruces de sangre ni de razas. Mi bisabuelo mediante el pago de una fuerte suma al Emperador, obtuvo el privilegio de que le permitieran cambiar el apellido de sus hijos por el de Hirano, que perteneció a una extinguida rama sintoísta. Ya tiene explicado el por que carezco de rasgos asiáticos. Respecto a mi libertad, debo decirle que mi padre, aunque respeta determinadas costumbres de su patria, no sigue las que representan esclavitud. Si lo desea, puede visitarnos. Habitamos en un *chalet* que se alza en la capital, a unos cuatro kilómetros del templo de Sen-Gakudji, donde se halla la tumba del daimio Asano Naga-Nori, señor del clan de En-Ya. No sé si conocerá la historia. Se les considera héroes nacionales. El señor, y sus cuarenta y siete guerreros, se hicieron *harakiri* para demostrar que eran hombres de honor. ¿De qué se sonrío?

—De que sería usted una cicerone ideal. ¿Le desagrada la idea?

—No, si se olvida de Janet Slater.

—Prometido.

El agente del F.B.I. dejábase llevar por la intuición. Estaba seguro de que Kasuko Hirano era la misma que, con la farsa del desmayo, le impidió descifrar el mensaje de sus superiores. Debió comunicar el robo al Estado Mayor desde el Consulado de Honolulu. ¿Por qué no lo hizo? Su orgullo se negaba a informar a sus jefes del fracaso.

—¿En qué piensa?

La voz sonó lejana en el cerebro de Walter. Repuso:

—En que el Japón no me será ingrato si me sirve usted de guía. Esperaba ser recibido por “Oni” o “Tengu”¹ y no por una mujer tan deliciosa.

—Muy galante. Siento abandonarle. ¿Me acompaña? Me agradaría que el pasaje comprobara que no existe rencor entre nosotros. De este modo, Emilio Reybaud se tranquilizará. Es un viejo amigo de la familia. No debe tomarle en cuenta sus palabras de antes.

—Haré lo que me pide.

Depositó en un cenicero el resto del habano, regresando a su

butaca.

—Traígame el “The New Statesman and Nation”.

Había pedido a propio intento un semanario socialista inglés. Sospechaba de sus compañeros de travesía.

Descubierta su personalidad oficial era posible que le vigilaran miembros de todos los Servicios Secretos del mundo. La ruta de Tokio era vigilada no solo por los espías del *Intelligence Service* y del *Deuxième Bureau*, sino también por el Comisario de Asuntos Extranjeros soviético.

Simuló abstraerse en la lectura del “The New Statesman and Nation”, pero su mente volaba por otros derroteros. ¿Cómo consiguieron averiguar que el F.B.I. le había enviado un mensaje a Honolulu? Esperaba descubrirlo siguiendo la pista de Kasuko Hirano. Si el Estado Mayor se enteraba de su primer fracaso sería después de descubierto el complot en que le enredó la belleza de una mujer.

Levantó los ojos de la revista. Desde el fondo de la cabina, la *stewardess*, le sonreía...

CAPÍTULO II

E

N la habitación reinó el silencio. Los tres hombres se miraron. El de más edad reprendió severamente a un joven de veinte años que aún sostenía en su mano derecha la revista “Daigaku Shimbu”, editada por la Universidad Imperial de Tokio.

—Que sea la última vez que traes a casa semejante periódico. Nuestro Emperador, pese a las humillaciones que tuvo que soportar de los norteamericanos, desciende por línea directa de Amaterasu, el dios del Sol. Él no fue culpable de la guerra. Nuestra familia se ha distinguido siempre por la obediencia y el respeto a su Magnánima Alteza².

Usaburo Juni no replicó. El tercer personaje, que presenciaba la escena, habló muy serio:

—Tocas con tus manos, Meiji, el resultado de la educación occidental. Ya conoces mi particular punto de vista en lo que respecta a las tradiciones de nuestra patria; pero, sin embargo, creo que se impone la necesidad de unirnos para luchar contra el virus de corrupción que dejaron los invasores. Es una cuestión de principio. Celebro el incidente. Quizá así te decidas a aceptar mi ofrecimiento. Es necesario que demos la definitiva batalla a los que, al amparo de las costumbres occidentales, pretenden arrancar del pueblo japonés su respeto a las cosas divinas.

Usaburo levantó la cabeza. Fue a replicar, pero se contuvo merced a un sobrehumano esfuerzo. Preguntó a su padre, no deseando provocar un nuevo ataque de ira:

—¿Me permites que te informe acerca de la organización a que se refiere Sadeo?

—Hazlo.

—En la Universidad se nos ha hecho idéntica propuesta, pero la hemos rechazado. Entre la influencia moral o política de los Estados Unidos o de Rusia, preferimos al primer país. Los seguidores de Kinichi Tokuda, a quién todos conocen por el “Lenin japonés”, se disponen aumentar el número de sus partidarios iniciando una serie de actos terroristas, que culminarían con el asesinato del Emperador.

La acusación, por lo grave, hizo palidecer a los reunidos. Sadao, que no parecía oriental, vestido con un traje de corte occidental que contrastaba con el amplio kimono de Meiji, repuso con violencia:

—Eso es falso.

—No. Tokuda es un fanático de su idea, y propugna la destitución o la muerte de Hiro-Hito. Es el enemigo público número uno del Imperio. No intervengas en la aventura que te proponen, papá. Sé que te molesta y que hiere tu dignidad el recibir consejo de tus inferiores, pero no podría perdonarme que te ocurriese nada por mi culpa.

El aludido meditó unos segundos. Fue a replicar. No lo hizo. Una mujer ataviada al típico estilo japonés, inclinándose ceremoniosamente anunció desde la puerta:

—El té aguardé.

Los hombres se incorporaron, entrando en una habitación contigua. Unos almohadones y una mesa, que tendría más de medio metro de circunferencia, y que apenas si alzaba dos palmos del suelo constituían todo el mobiliario.

Mientras el padre de Usaburo Kuni servía la infusión, el joven estudiante pugnaba por dominar la impaciencia que comenzaba a invadirle. Consideraba ridículo emplear tanto tiempo en consumir una taza de té. Necesitaba todas las horas para estudiar, preparándose a formar parte de un Japón moderno, industrial y agrícola.

Precisamente, en aquel momento, le esperaba, en el Parque Shiba, junto al templo de Benten, su amigo John Ferris.

* * *

El cuatrimotor, antes de aterrizar, dio una vuelta a la ciudad. Kasuko Hirano, desde uno de los grandes ventanales de popa, explicaba a Walter Carry:

—Pasamos sobre el puerto de Shinagawa. A la izquierda, si se fija bien, distinguirá el faro. Ahora nos acercamos al Palacio Imperial. Observe que le circundan canales. Más al fondo están los jardines de Dango-Zaka, donde se celebran las grandes exposiciones de crisantemos...

Tokio recordó al miembro del F.B.I. los barrios de Washington, cercanos al Potomac. La capital japonesa, frecuentemente sacudida por los terremotos, carecía salvo excepciones, de grandes edificios, predominando los grupos de hoteles.

La muchacha continuó:

—Nos hallamos en el Parque Ueno, en el que se encuentran las tumbas de los *shogunes* y la más portentosa colección de cerezos en

flor. Es un lugar de recreo.

—Voy a saber de Tokio casi tanto como usted —bromeó Carry—. Perdemos altura. Vamos a aterrizar.

En efecto, el avión, tras describir un círculo en torno al aeropuerto, tomó tierra.

Walter fue de los primeros en descender del aparato. Un hombre de mediana edad se le acercó.

—¿El señor Carry?

—El mismo.

—Soy Denis Polt, de la Embajada. Tengo orden de conducirlo a que establezca contacto con su jefe inmediato.

Walter estrechó la mano de su interlocutor.

—Estoy a sus órdenes.

Atravesaron el campo de aterrizaje hasta un aparcamiento de vehículos, montando en un “Cadillac” negro, en cuyo interior había otro individuo y el chofer.

El automóvil arrancó, dirigiéndose al centro de la población, para detenerse frente a una casa de dos pisos, situada en Yoshivara.

—Subamos —dijo Denis Polt.

Ascendieron por una estrecha escalera que les condujo a un *hall* adornado con estatuas. Pasaron a un amplio despacho.

—Siéntese.

Por vez primera, Carry sintió que un estremecimiento surcaba su espalda.

Acomodado en el butacón de cuero recorrió la estancia con mirada intranquila. Los dos hombres y el conductor del “Cadillac” le observaban sin sonreír.

—¿A quién esperamos? —interrogó.

—Al jefe. Ahí entra.

El agente del F.B.I. giró la cabeza. No vio a nadie. Una voz burlona le convenció de que sus temores eran ciertos.

—No se esfuerce. Si se porta como un buen muchacho, le prometo que no le ocurrirá nada. Vladimir, desármelo.

Carry no pudo oponer resistencia. El chófer y Denis le encañonaban con automáticas. Se dejó quitar el revólver, comprobando que no le registraban minuciosamente. Desde que recibió el nombramiento de miembro de la Sección de Extranjero, por consejo de sus superiores, llevaba oculto, entre la camisa y el pantalón, un pequeño puñal, que se dispuso a usar en el momento oportuno. Sin perder la serenidad, se encaró con Polt.

—Muy listo. ¿Qué pretende?

—Obtener de usted unos informes que precisamos.

—¿En nombre de quién me habla?

—No le importa. ¿Dónde debía presentarse a su llegada a Tokio?

—Al hotel Seiyoken. ¿Por quién me han tomado?

—Por un agente americano. Mis hombres le vigilan desde que abandonó Washington.

Walter comprendió que negar empeoraría aún más la situación. Se dispuso a sacar de ella el máximo partido. Inquirió:

—¿Inglés?

—Sí, y no —fue la desconcertante respuesta.

—Comprendo —insultó Walter, deliberadamente—. Ha renegado. Soy buen psicólogo. Su frente, estrecha y abombada, su nariz roma, y sus ojos, redondos y pequeños, ponen de manifiesto que pertenece a una estirpe degenerada. Un médico le encontraría taras mentales.

No obtuvo el efecto apetecido. Denis Polt; sin perder su sonrisa sarcástica, contestó:

—Demasiado impulsivo. No tardará en arrepentir...

No llegó a terminar la frase. La puerta se había abierto y por ella entraba un hombre, insignificante en apariencia. Era bajo y muy delgado. Su faz estaba surcada de profundas arrugas. Miró al estadounidense.

—Celebro verle, querido señor Carry. Mis hombres obedecieron órdenes. No deseaba privarme del placer de considerarle mi huésped.

Aunque sus ojos brillaban denunciando un carácter impulsivo, vehemente, sus palabras estaban impresas de la típica cortesía oriental. Sentóse frente a Walter, que irónico, comentó:

—Olvida decirme su nombre. Me agrada saber siempre con quién hablo.

—Perdone. Me llamo Oubuhito Abe. Considéreme un amigo.

Dio una fuerte palmada y segundos más tarde, una mujer entraba portando una bandeja con un vaso de *whisky*.

—Brindo porque no sea trágica nuestra entrevista... sobre todo para usted.

Carry, sin vacilar, apuró de un trago lo que su enemigo le ofrecía.

—Gracias.

—He de dárselas yo. ¿No pensó en un posible envenenamiento?

—No. Sé que me necesitan vivo.

Denis Polt y los dos individuos que colaboraron en el rapto continuaban encañonándole con sus pistolas. La pausa se hizo intolerable para Walter.

—Me adelantaré a su interrogatorio. Me ordenaron trasladarme a Tokio y alojarme en él...

—No siga. Oí lo que manifestó anteriormente. Si le diesen oportunidad de elegir entre una tortura de semanas, quién sabe si de meses, o la libertad ¿por qué se decidiría?

—Depende.

—Le concedo cinco minutos para reflexionar. Acepte un consejo. Es muy joven para morir.

Walter miró con dureza a su interlocutor. Sus ojos centellearon de mal reprimida cólera.

—Escuche. Admito que me he portado como un imbécil al dejarme capturar. Sin embargo, quiero que sepa una cosa. Me repugnan los traidores. Le demostraré que, pese a que los hombres de mi raza no practican el bárbaro *seppuku*³, sabemos morir con honor. Sobra el plazo. Tarde o temprano mis camaradas me vengarán.

Denotaban tanta firmeza las palabras del agente del F.B.I., que Oubuhito Abe comprendió la inutilidad de insistir. Dirigiéndose a Denis Polt, ordenó:

—Átale los brazos y condúcele al calabozo. Deja a un hombre de guardia. Le mataremos después del “gran acontecimiento”. Si se decide a ser razonable no tiene más que avisar.

Con sadismo, cual si quisiera saciar el rencor que experimentaba contra el que le insultó, el forajido ligó las manos del prisionero a la espalda, llevándole al lugar indicado por el oriental.

Se trataba de una habitación de apenas un metro cuadrado de superficie, que carecía de ventanas. La puerta, una sólida hoja de madera, tenía un estrecho ventanillo por el que los centinelas podían observar los movimientos del encarcelado.

La situación de Walter Carry era gravísima. Aunque por su mente no pasaba la idea de vender a sus compañeros del F.B.I., comprendió que ni eso le salvaría. Una incógnita se agigantó en su cerebro. Sus raptos hablaban de un “gran acontecimiento”.

Pensó en la muchacha que se había cruzado en su camino. ¿Estaba al corriente de las intenciones de sus enemigos?

Transcurrió el tiempo con lentitud. En numerosas ocasiones oyó referirse a refinadas torturas orientales. Posiblemente las experimentaría en su propia carne. No le arredraba el dolor. Solo temía ser débil. Unas palabras, pronunciadas en voz alta por el que custodiaba su celda, le hicieron prestar atención.

—¿No has ido con los otros a aplaudir al Emperador?

Una carcajada grosera se alzó en el aire.

—Conviene no despertar sospechas. El trayecto estará vigilado. Para lanzar una granada no se precisa mucha gente. Tres hombres protegerán la retirada de Keenan. El jefe nos ha prevenido contra el prisionero. Afirma que es peligroso.

Carry no necesitó oír el resto de la conversación. Tarde comprendía a lo que Oubuhito Abe quiso referirse al hablar del “gran acontecimiento”. ¿Era preciso huir! ¿Cómo?

En vano intentó romper las ligaduras. Las cuerdas claváronsele más en su carne. Con las manos en la espalda le era imposible apoderarse del cuchillo que llevaba en la parte delantera del pantalón. ¡Tenía que hacer algo para evitar el atentado!

Su imaginación trabajó febrilmente en busca de una idea que le permitiera abandonar la mazmorra. Sonrió de pronto. Sí. Era el único camino.

En pie, con los dedos pulgares, tiró hacia abajo del pantalón. Saltaron dos botones de la cintura.

No sin grandes esfuerzos, consiguió quitarse la prenda. Lo que restaba por hacer era más fácil.

Procurando evitar cualquier ruido, se dejó caer al suelo, sobre las rodillas. Carecía de espacio para tumbarse, pero aun así pudo desenfundar el afilado cuchillo. No sin herirse las muñecas, diez minutos más tarde estaba en libertad.

Se vistió de nuevo y con el arma blanca firmemente empuñada adoptó la posición en que sus raptos le habían dejado, llamando:

—¡Abrid! ¡Abrid!

El diálogo de sus guardianes cesó y una llave sonó en la cerradura. En la puerta apareció un hombre.

—¿Qué quieres? —inquirió.

—Hacerte una proposición. Denis Polt me ha atado muy fuerte. En mi cartera hay doscientos dólares para el que me afloje las ligaduras.

Los ojos del forajido se agrandaron de codicia.

—Me libraré de enmendar nada de lo que hagan mis amigos. Sin embargo no estás en condiciones de impedir que me apodere de esos billetes.

Walter contaba con la reacción de su carcelero y esperó a que se acercara. Tan inesperado fue su movimiento, que el individuo murió sin lanzar un grito. El puñal le había seccionado la yugular.

Sonó un disparo. El otro indeseable se aprestaba a la defensa. Carry, escudado tras el cuerpo del secuaz de Oubuhito Abe, en un gesto suicida, se abalanzó contra su enemigo.

Inicióse una lucha feroz. El miembro del F.B.I., seguro de que de aquella empresa dependía no solo ya su vida, sino también el porvenir del Japón, procuraba evitar que el revólver del que pugnaba por reducirle a la impotencia le apuntara al cuerpo. Sus dedos, engarfiados en torno a la muñeca armada, crispáronse con violencia y dejándose caer, atrajo hacia sí a su contrincante, dándole un rodillazo en el estómago. Su rival gimió de dolor. Era el momento oportuno. El puño izquierdo de Walter propinó un soberbio *uppercut* a su adversario, derribándole sin sentido.

No había tiempo que perder. Apoderándose del cuchillo, que

arrancó de la garganta del hombre al que apuñaló y de los revólveres de sus enemigos, se dispuso a abandonar la casa.

Alcanzó la calle sin tropiezos. ¿Cuál sería el lugar al que el Emperador pensaba dirigirse?

Se acercó a un agente de tráfico.

—Hace solo unas horas llegué de Norteamérica. Me han dicho que el Emperador ha salido. Soy periodista y me gustaría estudiar las reacciones del público a su paso.

—Regresa del Parlamento. Tuerza por la primera calle a la izquierda.

Corrió. ¿De qué forma localizar a los presuntos asesinos?

Junto a la verja del Palacio se amontonaban centenares de personas. Sufrió un vivo sobresalto y bendijo a la Providencia. Denis Polt hablaba con un japonés. Protegido en el tronco de uno de los árboles, vio que el oriental se separaba del europeo, abriéndose paso a codazos entre la multitud. Walter le siguió. Si Hiro-Hito venía en automóvil, sería forzoso al chófer reducir la marcha para penetrar en el gran parque que circundaba la magnífica edificación.

Un griterío se dejó oír a su izquierda.

El agente del F.B.I. hundió su diestra en el bolsillo exterior derecho de la americana, empuñando un revólver. El momento se acercaba.

Observó al individuo que minutos antes conversaba con Denis Polt, notándole nervioso. En una de sus manos apretaba una esfera metálica. Se decidió y adelantando unos pasos le encañonó con su arma.

—¡No se mueva, o le pesará!

Aunque previó las posibles contingencias, le sorprendió la rapidez de movimientos del oriental, quien, prescindiendo de la amenaza del arma de fuego, corrió al coche del Emperador. Carry no vaciló. Su revólver tronó por tres veces, deteniendo el avance del asesino.

El revuelo fue extraordinario. Dos hombres de uniforme le apuntaron con sus automáticas, ordenándole:

—¡Levante los brazos!

Obedeció. Varios soldados rodeaban el cuerpo del frustrado criminal, mientras el automóvil penetraba en Palacio.

Algunos de los que presenciaron el paso de Hiro-Hito y el incidente, se apartaron, temerosos. Walter fue conducido a un *jeep*, y siempre bajo la amenaza de las pistolas, llevado a las oficinas de la Jefatura de policía. Un oficial le interrogó:

—¿Quién es usted?

—Walter Carry, americano. Vine a Tokio a realizar unos negocios y quise aplaudir al Emperador.

—¿Qué clase de negocios?

—Los que salgan.

Las desenfadadas respuestas del agente del F.B.I. desconcertaron a su interlocutor, quien insistió.

—¿Posee licencia de armas?

—No.

El policía japonés miró a Walter con severidad.

—No irá a decirme que encontró esos revólveres en la butaca de un teatro o en la caja de resonancias de un samiséns⁴.

—Adivinó mi pensamiento.

Carry examinó el lugar en el que se encontraba. Era un amplio despacho. Con el oficial había tres japoneses más. Uno de ellos, amenazador, intervino:

—Déjele de mi cuenta.

—No podemos maltratar a quién arriesgó su vida en defensa de nuestros intereses. Me consta que declarará. Solo es necesario que conteste a una pregunta —se encaró con el miembro del F.B.I.—. ¿Cómo supo lo del atentado?

—No pierdan el tiempo. Enciérrenme. Quiero ordenar mis ideas. Es posible que les complazca. Dependerá de las circunstancias. ¡Ah! Llamen a mi embajada.

Hubo una leve indecisión entre los reunidos.

El oficial decidió, luego de una leve vacilación:

—Necesito consultar con mis superiores.

Por segunda vez en unas horas desde su llegada a Tokio, Carry se vio encarcelado; pero ahora sonreía satisfecho. Había conseguido salvar la vida del Emperador, evitando graves consecuencias políticas.

Por fortuna, en el minucioso registro no le quitaron los fósforos ni los cigarrillos. Fumó, en espera de los acontecimientos. Confiaba en que su embajador le abriese las puertas de la cárcel. El suceso en que intervino era de tal gravedad que sería puesto en conocimiento de cuantos organismos policiales y secretos velaban en el Japón por la Ley y el orden.

Walter sentíase orgulloso de su hazaña. La suerte comenzaba a sonreírle.

En la celda gozaba de seguridad. Tenía la certeza de que, enterado del fracaso de lo que él calificaba de “gran acontecimiento”, Oubuhito Abe, tras abandonar su cuartel general de Yoshivara, habría decretado su muerte. Los hombres dispuestos a cubrir la retirada de Keenan, debieron verle actuar, principalmente Denis Polt.

CAPÍTULO III

L

UEGO de abonar al chófer el importe del recorrido, Kasuko Hirano tiró con fuerza del alambre que comunicaba con la campanilla del jardín. El corazón le palpitaba apresurado en el pecho. ¡Iba a ver a su padre!

Oculto tras uno de los pilares de cemento que sostenía la verja, vio atravesar el parque al viejo Miki, más encorvado cada día. Deseaba darle una sorpresa, y lo consiguió. Apenas hubo el sirviente franqueado la puerta, saltó a él, estrechándole entre sus brazos. El criado, reconociéndola, gritó gozoso:

—¡Kasuko!

—La misma. ¿Y papá?

—No está en casa, aunque no tardará en regresar. Al parecer, espera una visita. ¿Sabía tu llegada?

—Sí, aunque no la hora. Está siempre muy ocupado y no quise que perdiera el tiempo en el aeródromo.

—¿Qué tal el viaje?

—Magnífico.

Atravesaron el jardín, penetrando en un hotel de dos plantas. En el *hall* la muchacha pidió:

—Prepárame una taza de té. Lo tomaré en la biblioteca.

La joven atravesó un ancho pasillo y, por un comedor, penetró en una habitación cuyas paredes se hallaban cubiertas por estanterías repletas de libros. En un lateral, un tresillo, tapizado en piel roja, y una mesita de centro con incrustaciones de marfil.

Respiró satisfecha. Aquel era su rincón preferido, en el que, desde niña, se retiraba a leer o a soñar. Se acercó al amplio ventanal, por el que penetraba la luz del sol.

Una incógnita se agigantó en su cerebro. ¿Por qué su padre la obligó a realizar el engaño de Honolulu?

Evocando la cólera de Walter Carry, no pudo reprimir una sonrisa. Él se comportó correctamente, pese a su brusquedad. ¿Cómo supo Sadao la llegada del norteamericano? ¿Qué interés tenía el papel en blanco que le robó, para devolvérselo más tarde?

En Washington, minutos antes de tomar el avión que había de

conducirle a las islas Sandwich, un hombre le entregó una carta en la que se le ordenaba presentarse a un francés quien le daría nuevas instrucciones. No desconfió del aviso. Al pie de la mecanografiada cuartilla iba una nota de puño y letra de su padre. En Honolulu le indicaron que siguiera a determinado individuo, y apenas le viese entregar un mensaje a un hombre, procurara arrebatárselo.

Un ruido a su espalda la hizo volverse. No se trataba de Sadao, como creyó, en un principio, sino de un japonés de mediana edad y aspecto insignificante.

—Perdone, señorita —dijo con una leve reverencia—. Me citó a esta hora el señor...

—Papá no ha regresado todavía. El sirviente me dijo que aguardaba una visita. ¿Es usted?

—Sí. Comprendo que la quiera tanto. Me llamo Oubuhito Abe.

—Siéntese. Dentro de unos minutos van a servirme té. ¿Tomará una taza?

—Con sumo gusto.

Se acomodaron en el amplio diván. Kasuko se dispuso a iniciar un diálogo de cortesía, pero la presencia de su padre se lo impidió.

Tras un fuerte abrazo y unas palabras afectuosas, Sadao, con el rostro ensombrecido por la preocupación, rogó a su hija:

—¿No te importa dejarnos solos unos minutos?

La muchacha accedió, con forzada sonrisa. Intuía que algo desagradable amenazaba la paz de su hogar. En el vestíbulo, Mike había dispuesto el servicio de té.

—Llévatelo.

El criado hizo lo que se le indicaba y Kasuko esperó a que se marchara el oriental, fumando cigarrillo tras cigarrillo. Al fin oyó pasos a su espalda y se levantó. Oubuhito, inclinándose ceremoniosamente, sin una palabra, abandonó el hotel Sadao se volvió a Hirano.

—Hola, pequeña. He de marcharme de nuevo. Hemos sufrido un grave contratiempo.

—¿Hemos? ¿A quién te refieres? ¿A nosotros?

—Sí y no... No me hagas preguntas. No puedo contestarte.

—Nunca tuvimos secretos. ¿Qué se oculta en la farsa que me obligaste a representar en Honolulu?

En el reproche de la joven había tanta tristeza que su padre la miró con ternura y asombro.

—¿Yo? ¿A qué te refieres?

La muchacha, decidida a resolver el problema que la obsesionaba, mostró la carta que recibiera.

—A esto.

Sadao leyó atentamente el contenido del escrito. Su rostro

palideció. Le estrujó entre sus manos.

—¡Canallas! ¡Les dije que no te mezclaran en nada!

—Cálmate, papá. ¿Por qué no hablamos claramente?

—Imposible. Me liga un juramento. Cuéntamelo todo, desde que abandonaste tu empleo de *stewards* hasta tu llegada a Tokio.

Se sentaron en los butacones del *hall*, y Kasuko refirió las incidencias del robo y la violenta escena del avión.

—Me esforcé en que nos hiciéramos amigos para evitar que Emilio Reybaud le buscase en tierra.

—Le he prometido enseñarle la ciudad.

—¡Te lo prohíbo! ¿Me oyes?

El tono de Sadao, más que imperativo, era angustioso. Ella le miró. Sus ojos brillaban excitados.

—¿Puedo ayudarte? ¡Dime!

—Es inútil, Kasuko.

Se incorporó con desaliento. Sus dedos continuaban apretando el papel que la joven le entregara. Lo guardó en uno de los bolsillos de su bien cortada americana.

—Tardaré en regresar.

Besó a Hirano en una mejilla y salió de la casa. La muchacha, con una sonrisa indefinible, alcanzó a su vez la calle. Subiendo a un vehículo de alquiler, ordenó:

—Al hotel Seiyoken.

En tal lugar le informó Walter Carry que se alojaría. ¿Por qué iba a buscarle?

Como otras veces, dejábase guiar por el instinto. Adivinaba que el norteamericano tenía la clave de los misteriosos hechos que obsesionaban a su padre. Frecuentando su trato quizá averiguara algo. Le agradaba por la bondad de sus ojos y su porte varonil. Era inútil que pretendiera engañarse a sí misma.

Una vez en el Seiyoken, preguntó al encargado del registro:

—¿Cuál es la habitación del señor Carry?

El empleado, tras consultar un fichero, repuso:

—No hay ningún huésped que se apellide así, señorita.

—Mire bien. Llegó por la mañana. Es un norteamericano alto y fuerte. Se llama Walter.

—Lo siento. No acostumbro a equivocarme.

Nuevos clientes reclamaban su atención. Kasuko, decepcionada, permaneció unos segundos pensativa.

Absorta en sus ideas, no reparó que un hombre, que escuchó su breve diálogo con el empleado, cambiaba un guiño significativo con dos individuos que fumaban, distraídos en apariencia, junto a la puerta giratoria.

Hirano, despacio, abandonó el edificio. Iba a dirigirse a una

próxima parada de “Taxis”, cuando alguien la cogió por el brazo, apretándola fuertemente.

—¡No grite! La estoy apuntando con una pistola oculta debajo del periódico.

Sobresaltada, Kasuko reparó que dos europeos la amenazaban. Uno de ellos llevaba un ejemplar del “Nippon Times”, diario editado en lengua inglesa.

—Entre en el coche negro. No vacilaré en matarla.

La muchacha obedeció. No podía hacer otra cosa. En las aceras pupilas de sus enemigos leíase la firme decisión de matar.

Apenas en el interior del automóvil, los dos hombres se sentaron junto a ella. Un tercero conducía.

—¿Quiénes son ustedes?

—Ya lo sabrá —fue la seca respuesta.

El vehículo cruzó Tokio de Norte a Sur, tomando la carretera de Yokohama, en la que, espaciadas, se alzan lujosas edificaciones habitadas por dignatarios de la corte o diplomáticos. Penetraron en una de ellas, cuya verja hallábase abierta.

—Sea prudente. Vaya delante de nosotros.

Ya en el interior de la casa, cruzó habitaciones y pasillos, penetrando por último en una estancia donde había sentados tres hombres. Kasuko no pudo evitar un grito de dolor y sorpresa al reconocer a su padre entre los reunidos.

—¡Papá!

Sadao, rojo de ira, insultó a los que llegaban.

—¡Imbéciles! ¿Te han molestado, hija?

—No, pero me amenazaron con matarme si me resistía. ¿Por qué te reúnes con criminales?

Oubuhito Abe, que observaba la escena con frialdad, intervino:

—No se precipite en sus juicios, señorita. Denis, ¿qué ha ocurrido?

—Fue al hotel a preguntar por Carry. Según las órdenes, la apresamos. No es culpa nuestra.

—Lo sé, Polt. Retírate. Ya te comunicaremos nuevas instrucciones. ¿Quedó alguien en el Seiyoken?

—Sí. Dos hombres. ¿Vuelvo?

—No es preciso. Posiblemente Walter no irá por allí. Siéntese, Kasuko. Hoy es un día pleno de incidencias. Su señor padre se ha enojado porque la engañamos mediante una hábil falsificación de su letra.

—¿No interviniste tú?

El semblante de la muchacha se iluminó de alegría.

—No. ¿Me supones capaz de arriesgar tu vida?

En el interrogante había un velado reproche. Hirano se acomodó

al lado de Sadao, en un diván. El tercer personaje, al que Kasuko no pudo ver la cara, de espaldas, se alejó a uno de los ventanales. Sin duda no deseaba ser reconocido. Oubuhito Abe rompió la larga pausa.

—Parece que el destino le obliga a tomar parte activa en nuestros asuntos.

—¿El destino, o usted? —preguntó, irónica, la joven.

—Los dos. Admiro a las mujeres valientes. Lo de Honolulu lo hicimos forzados por las circunstancias. Necesitábamos que Carry no leyera un mensaje. Escúcheme. La organización a la que pertenecemos...

—Yo, no —interrumpió Kasuko.

—Usted también, por vínculos de sangre. Le ruego que me deje continuar. Poseemos agentes en las principales ciudades del mundo. Por ellos supimos que Carry era enviado a Tokio a unirse a la plantilla del F.B.I. La escala en Honolulu estaba prevista. Sabíamos por su padre que usted iba a viajar en el mismo avión y quisimos probarla. Uno de nuestros enlaces procuró que los federales averiguaran que en el aeródromo de Tokio la muerte amenazaba a su compañero. Transmitieron telegráficamente, y en clave, una advertencia al Consulado y este la hizo llegar a Walter. Usted debía impedir que lo leyera. No ignoramos que para estos mensajes se utilizan tintas especiales que se borran a los pocos minutos de recibir el contacto del aire. Por eso no tuvimos inconveniente en devolverle un papel en blanco. ¿Va comprendiendo?

—Sí. ¿No era peligrosa su jugada?

—No. En el caso de haber fracasado, Carry hubiese llegado al Japón por otro medio que no ignorábamos. Nuestros planes se demoraban unos días. Su padre nos prohibió utilizarla y fingimos acceder.

—Comprendo. Él y yo somos juguetes en sus manos.

Oubuhito se apresuró a replicar, amablemente.

—Le explicaré los motivos que le indujeron a secundar nuestro movimiento. Me limité a proponérselo y aceptó. ¿No es cierto, Sadao?

El aludido inclinó la cabeza, asintiendo. El japonés prosiguió:

—Él, como los demás, está complicado en asuntos no del todo claros. Tranquilícese. Son... pleitos políticos y no delitos vulgares, aunque a veces haya que recurrir a la violencia para obtener el éxito apetecido. ¿Va comprendiendo?

—Temo que demasiado.

—La labor de su padre ha sido coronada por el fracaso. Él ha nacido en esta tierra y goza de fama y de honorabilidad. Por sus negocios, tiene extensas relaciones. Su misión estriba en conseguir

para nuestra causa la colaboración de los verdaderos patriotas, de personas influyentes.

—¿Por qué no se encargó usted de eso? Sus rasgos asiáticos te avalan.

—Esperaba esa pregunta, señorita. Nací en Najoro, en la isla Yesso, y a los doce años partí del Japón, al que vuelvo ahora. No conozco en Tokio más que a los que trabajan para mí. Busco la libertad y la soberanía de mi patria. ¿Aclaradas sus dudas?

—No del todo. ¿Mataron a Walter?

Pese a que se esforzó en manifestar indiferencia, no pudo evitar que un leve temblor de voz denunciara su interés por el norteamericano.

—Nos burló. Veo que se alegra.

—Sí. Me repugna el asesinato. ¿Va a obligarme, por el chantaje a colaborar con ustedes?

—Muy lista. Le responderé de forma indirecta. Si nosotros triunfamos, su padre será un personaje importante. Si nos derrotan, o morirá, o cumplirá una larga condena en presidio. Creo que si es buena hija correrá la suerte de aquel a quién debe el ser.

Sadao, que escuchaba en silencio la conversación, intervino.

—¡No aceptes!

Kasuko Hirano le miró con cariño.

—Es cosa decidida, papá. ¿Qué he de hacer?

Oubuhito Abe sonrió. Su satisfacción era grande. La máscara de indiferencia oriental desapareció de su rostro.

—Frecuentar el trato de Walter Carry y contarnos sus proyectos. Agradable ¿no es así? No debe enamorarse de él, ni hablarle de mí. Janet Slater murió en Honolulu. Tantas veces como insista en ello usted negará. Aun con la certeza de su traición, por ese motivo, la aceptará de compañera. El irá con usted para que le proporcione una pista y sucederá lo contrario.

Kasuko no pudo menos que admirar la astucia de aquel hombre. Se levantó, mirando al que continuaba de espaldas, y que aparentaba ignorarla. No le pareció oportuno manifestar curiosidad, y dijo burlona:

—Supongo que no me ametrallarán. Antes de eliminar a Carry, avíseme. Tengo apego a la vida.

—No se preocupe. Somos leales con quienes nos sirven; crueles con los que nos traicionan.

Pese al gesto amable, la última frase encerraba una advertencia, que Hirano recogió.

—Entendido. ¿Vienes, papá?

—No —respondió Oubuhito por Sadao—. Hemos de concertar un futuro plan de acción.

—Adiós. En casa nos veremos.

La joven besó a su padre, saliendo. El japonés la acompañó hasta el *hall*, haciendo una seña a Denis para que franqueara la verja.

—¿Quiere que la llevemos en coche a la ciudad?

—No Prefiero ir a pie a que me acompañe ningún bruto. Daré un paseo. ¿Por qué conducto me transmitirá sus... indicaciones?

—No se preocupe. Las recibirá a su debido tiempo.

Kasuko anduvo despacio, gozando de la deliciosa temperatura. El sol, a lo lejos, comenzaba a ocultarse.

Se paró ante una estatua de piedra simbolizando a Jizo, el patrón de los niños y de los viajeros, que jalona todos los caminos japoneses, y suspiró. El alma de su patria era sencilla. Tras el gran fracaso de la guerra, fruto de la ambición de los militaristas, el porvenir del viejo Yedo se perfilaba brillante.

Siguió caminando. Para llevar a cabo sus proyectos precisaba ponerse rápidamente en contacto con Walter.

Oubuhito afirmó que Carry no se alojaría en el Seiyoken. Ella estaba convencida de lo contrario. El joven no vacilaría en afrontar la muerte por establecer contacto con sus enemigos.

Llegó anochecido a la ciudad. Tomó el ferrocarril de circunvalación apeándose en Azumabashi. Grupos de hombres charlaban excitados, siendo disueltos por patrullas de policías.

—¿Qué ocurre? —preguntó a un vendedor de periódicos, mientras compraba el “Chiba Shimbu”.

—Han atentado contra el Emperador. La prensa lo desmiente.

Kasuko penetró en un bar, pidiendo una taza de té. Leyendo el artículo se convenció de que el rumor no era una falsedad.

Bebió la infusión. Ahora más que nunca necesitaba hablar con Walter Carry. Posiblemente, Oubuhito Abe no era ajeno a los sucesos que conmovían a Tokio.

Montó en un “taxi”.

—Al Seiyoken.

CAPÍTULO IV

E

N el despacho de John Ferris, inspector del F.B.I. destacado en Tokio, imperó el silencio. Walter Carry, tras encender un cigarrillo, dijo:

—Ya lo sabe todo. Fui un torpe, pero enmendé el error.

—Su sinceridad le honra. El mensaje del que se apoderaron contenía instrucciones para que viniese a Tokio por ruta marítima, evitando posibles peligros. Tuvimos una confidencia en tal sentido. Mandé dos agentes al aeropuerto. Fueron cosidos a balazos en plena calle. Una ráfaga de ametralladora, disparada desde un “Cadillac” nos demostró que nos enfrentamos con seres que conocen y emplean los modernos métodos del *gangsterismo*. La Providencia nos ayudó. A no ser por esa Janet Slater, usted habría obedecido las rectificaciones al primitivo plan y el atentado contra el Emperador hubiese sido coronado por el éxito. ¿Tiene certeza de que Kasuko Hirano es la mujer que le burló? ¿No puede existir duda alguna?

—Absoluta. ¿Qué me sugiere?

El inspector dudó antes de responder.

—Pedí a Washington un hombre de la máxima capacidad y confianza. La tarea que le corresponde desarrollar es suicida.

—Me esforzaré en superarme.

—Lo sé. Creo que el Estado Mayor no se equivocó al designarle a usted. Se hospedará en el Seiyoken, que, supongo, vigilarán miembros pertenecientes a la organización que nos interesa desenmascarar. Es casi seguro que pretenden eliminarle. No puedo ofrecerle escolta. Habrá de valerse por sus propios medios. Sospecho que en nuestras oficinas o en la Embajada se oculta alguien a sueldo de los que desean convertir el Japón en país satélite de una potencia asiática que ambiciona dominar el mundo. Mantendrá contacto conmigo. Caso de no encontrarme, repetirá la visita o la llamada tantas veces como sean precisas.

Walter escuchó a John Ferris sin pestañear.

—Facíltame armas. Los que me detuvieron se apoderaron de los dos revólveres y del cuchillo merced al cual pude evadirme.

El inspector sacó de uno de los cajones de su mesa una “German Luger” y varios cargadores.

—¿Le basta?

—Sí.

Guardó la automática entre el pantalón y la camisa, abotonándose la americana se puso en pie.

—Libertad absoluta de acción. Aunque los dólares son aceptados, tenga cinco mil *yenes*.

Entregó a Carry lo que indicaba, estrechando fuertemente su mano.

—¿Nada más, señor Ferris?

—Desearle suerte.

Walter salió del despacho del inspector y atravesando un extenso patio, llegó a la calle. Apenas hubo caminado unos metros, Emilio Reybaud, el francés que en el avión defendió a Kasuko, le abordó, diciéndole:

—¡Qué casualidad!

—Demasiada. ¿Qué quiere de mí?

—Saludarle. Por mi parte he olvidado el incidente del cuatrimotor. Me disponía a cenar. ¿Quiere acompañarme? Tal vez se reúna con nosotros Kasuko Hirano. Fui a visitarla. No estaba en casa, la dejé una nota.

—No irá —comentó Carry—. Habrá salido con sus familiares. Es lo más lógico.

—Su padre es el hombre más solicitado de Tokio. Posee un negocio de exportación e importación, importantes avenidas de la ciudad. El agente del F.B.I., a quién resultaba extraño importantes avenidas de la ciudad. El agente del F.B.I., a quién resultaba extraño tan inopinado encuentro, decidió aceptar la invitación de Reybaud pensando obtener noticias de la vida privada de Kasuko. Además, existía la posibilidad de que la muchacha acudiese.

Charlando del fin del pintoresquismo tradicional nipón, anduvieron por varias calles.

En Yoshivara, en las proximidades del templo Asakusa-Kwannon, penetraron en un establecimiento de comidas. Un japonés, ataviado con un tradicional kimono, les saludó con una reverencia, inquiriendo:

—¿Un reservado?

—No. Una mesa en el salón —repuso el francés.

Cinco minutos más tarde, Carry tenía ante sí dos minutas, una de productos del país y otra en la que se mezclaban platos de diversas cocinas orientales. Leyó en alta voz:

—Salsa de soja, pescado crudo... —dejó la cartulina sobre la mesa—. No se han hecho para mí tales exquisiteces. Pediré huevos

con jamón y un buen filete. No me fío de salsas. Tengo entendido que aquí se comen hasta los nidos de golondrina.

—Solo raramente —contestó el francés—. No confunda China con Japón. Le imitaré.

Mientras cenaban, la charla giró en torno al tema que interesaba a Walter. Por Reybaud supo del prestigio social del padre de Kasuko, así como que la joven decidió marchar a los Estados Unidos, no solo por aprender otras costumbres, sino también por huir de los numerosos pretendientes que solicitaban su mano.

—En la familia Hirano tienen a gala no mezclar su sangre con ninguna asiática.

—¿Aspira usted a ese honor?

El francés le miró fijamente, respondiendo:

—¿Por qué no? Kasuko es bonita e inteligente. Haría feliz a cualquier hombre.

Les interrumpió un camarero, portando los manjares pedidos y una botella de vino.

Comieron en silencio. Al fondo, sobre un escenario, sentados en *tatamis*⁵, varios músicos pulsaban *wibas*, arrancando a los instrumentos de cuerda dulces melodías.

Walter fue dejándose ganar por la paz que le rodeaba, pero no por ello se descuidó. Temía que la invitación de Reybaud fuese una trampa.

Miró en torno suyo. Los orientales apuraban tazas de té o vasos de *saki*, la popular bebida que se obtiene mediante la fermentación del arroz. Ingleses de rostro hermético, norteamericanos de espíritu alegre, alemanes de cabeza cuadrada y gesto concentrado... Allí estaban representadas todas las razas.

Emilio Reybaud hizo un caluroso panegírico de Tokio.

—No se aburrirá, Walter. En los teatros y cinematógrafos se proyectan las más modernas revistas y películas. En los parques hay instalados clubs, salas de té y espectáculos variados. Si es romántico —las palabras del francés rezumaban ironía— podrá extasiarse contemplando los lagos cubiertos de flores de lotos, los puentes arqueados, los templos y las tumbas. Hay sitios deliciosos para recorrerlos del brazo de una mujer.

—¿Lo dice por experiencia?

—¿Por qué no? No soy misógino.

—Me refería concretamente a Kasuko Hirano. Me gusta saber a qué atenerme.

Centellearon los ojos del francés.

—Parece que tiene especial empeño en que no seamos amigos. Haré lo humanamente posible por hacerla mi esposa. ¿Satisfecha su curiosidad?

—Sí. Ella no parece muy interesada en verle.

—¿Lo dice porque no ha venido?

—Exacto.

En la pausa que siguió a su afirmación, Carry experimentó sincero gozo. El hecho de que la joven no acudiera a la cita de Reybaud le producía satisfacción.

—¿Quiere café?

—No. He de marcharme. ¿Usted se queda?

—Es posible que venga Kasuko.

—Lo dudo.

Walter tendió su diestra al francés.

—¿Por qué se empeña en que seamos enemigos?

—Atribúyalo a choque de caracteres. Si corteja a Hirano nos veremos de nuevo. Gracias por la invitación.

Abandonó el restaurante. No queriendo aventurarse de noche por las calles de una ciudad que desconocía, detuvo un “taxi”.

—Pare antes de que lleguemos al Seiyoken.

Convencido de que el conductor no entendió más que la palabra que pronunciara en japonés, se recostó en el asiento. Abstraído, el trayecto le resultó breve. Al sentir detenerse el vehículo, dio al chófer en el hombro, indicándole con el ademán que avanzara unos metros más. Dos casas después del hotel descendió del automóvil.

Anduvo con la mano derecha dispuesta a empuñar la culata de su pistola. Era posible que a la puerta del Seiyoken le acechase la muerte.

No se equivocaba. Apenas hubo alcanzado el *hall*, vio que un individuo cambiaba una mirada con un hombre que, recostado en una columna de mármol, fingía leer una revista. Se detuvo. Al fondo, sentada en un butacón, estaba Kasuko Hirano, que le sonreía. Fue a ella sin descuidar la vigilancia de sus presuntos enemigos. Tal precaución le salvó la vida.

Los que en el vestíbulo conversaban callaron de pronto al ver a Walter arrojar al suelo con una agilidad increíble.

Sonaron dos detonaciones. Los proyectiles silbaron sobre Carry, quien, con la “German Luger”, abrió fuego. En incómoda postura, con la certeza de que de errar los disparos podía considerarse perdido, tiró a matar. Los agresores, con un gesto de asombro, cayeron para no levantarse más.

El miembro del F.B.I. se incorporó. Hirano se había desmayado.

Los empleados y huéspedes del Seiyoken se admiraron de la elasticidad de movimientos del norteamericano quien, de un salto, cogió a la muchacha por la cintura y en brazos, sin aparente esfuerzo, la llevó a uno de los divanes. Se volvió al *maître*.

—Busque a un médico y llame a la policía.

El aludido obedeció, sugestionado por la energía de Walter, el cual se acercó a los que intentaron matarle con la esperanza de que al menos uno de ellos conservara la vida. Fue en vano.

Regresó junto a la muchacha, que en ese momento recobraba el sentido.

—Condúzcanos a dirección.

Sin que nadie les entorpeciera el paso, entraron en un despacho, en el que trabajaba una mecanógrafa, que, respetuosa se incorporó al verles. Walter rogó al *maître*:

—Me gustaría hablar a solas con usted.

La empleada se incorporó, preguntando a su jefe:

—¿Ha ocurrido algo de gravedad?

—No se preocupe, señorita. Si es usted nerviosa no vaya al *hall* —repuso Carry.

Una vez que la muchacha hubo salido, el *maître*, impaciente, interrogó:

—¿Quiere decirme...?

Walter le interrumpió.

—Más tarde. Voy a hablar por teléfono.

Marcó el número de la oficina privada de John Ferris, informándole de lo que acababa de suceder.

—Demore su detención. Me reúno con usted inmediatamente.

Walter colgó, para decir al encargado del hotel:

—Las aclaraciones que desee se las dará mi embajador. ¿Tiene *whisky*? A Kasuko le hace falta.

La joven sonrió.

El empleado no pudo servirles lo pedido. Un uniformado policía apareció en el umbral.

—¿Está aquí el asesino de estos hombres?

Nadie respondió. Hirano miraba con inquietud al recién llegado.

—No emplee frases tan gruesas y aparte la mano de la pistola. El que busca soy yo. No hice más que defenderme.

—Tendrá que probarlo. Acompañeme.

—No es posible. Mi hermana se ha desmayado y va a hacerlo por segunda vez. ¿No ve cómo palidece?

Kasuko, comprendiendo lo que Walter deseaba, suspiró profundamente. Recordaba lo que Oubuhito Abe le dijera acerca de que el hombre al que burló en el avión pertenecía al F.B.I. y dedujo que Carry evitaba mostrar su verdadera identidad. Fingió desvanecerse.

—¡No se queden parados! *Maître*, traiga agua; usted, policía, tranquilícese. De querer huir lo hubiese hecho antes de que llegara.

Ganó los minutos que necesitaba. La oficina de John Ferris no estaba lejos y supuso se trasladaría en un *jeep*. No se equivocó. El

inspector entró en el despacho con dos miembros de la Brigada Criminal de Tokio. La comedia fue representada maravillosamente. Ferris fingió no conocer a su subordinado y, tras unas breves palabras con el policía se dispuso a detenerle. Walter susurró a su oído:

—La muchacha también.

—Usted, señorita, habrá de declarar. Procuraremos no molestarla demasiado.

Atravesaron el *hall*, bajo la mirada de los huéspedes, quienes curiosos, no se habían movido del lugar del suceso. Los cadáveres estaban tapados con sábanas. Un hombre de paisano se paseaba distraído en torno a ellos. Carry ahogó una exclamación de sorpresa. ¡Acababa de reconocer a Hugh Ellis, del Estado Mayor del F.B.I.!

Subieron al coche militar. Kasuko iba con el chófer y Carry y el inspector en los asientos traseros.

—¿Dónde quieres que te lleve, Walter?

—A cualquier lugar menos entre rejas. El Japón debe tener sitios más hermosos que los calabozos que he conocido. ¿Cómo es que ha venido Hugh?

—El asunto es de suma gravedad. Tememos que se vuelva a atentar contra el Emperador y hay que impedirlo descubriendo a los jefes de la organización. ¿Esa chica es...?

—La falsa Janet Slater. Necesito un escenario romántico. ¿Me comprende?

El diálogo, un susurro, no llegaba a oídos de Kasuko Hirano.

—Desde luego. ¿Va a decirle la verdad?

—No lo sé. Quiero cerciorarme de si está complicada con el grupo de fanáticos que perseguimos.

—¿Fanáticos? Los dos a los que mató son europeos. Practican el *gangsterismo*. Son más peligrosos aún que los indígenas.

—Me expliqué mal.

John Ferris golpeó en el hombro al conductor, pronunciando unas palabras en inglés. Hirano le miró asombrada. ¿Para qué les llevaban al Parque Ueno? La respuesta la tuvo de labios de Carry, quien, estrechando la mano del inspector, comentó:

—Es usted muy amable con nosotros. Pasaré a visitarle.

Cogió del brazo a la joven, penetrando en los jardines.

—Son mis amigos —comenzó Walter.

—Lo supuse al indicarme que me desmayara, aunque no tanto como para prescindir de formulismos judiciales. De un modo u otro murieron dos hombres. ¿Quién es usted?

—Un agente especial norteamericano, en misión de servicio. ¿No lo ha adivinado?

—En parte.

La noche era hermosa. La luz de la luna filtrábase a través de las ramas de los árboles dibujando en el suelo caprichosas figuras, que adquirirían movimientos al menor soplo de brisa. Carry, ganado por la soledad, el silencio y la belleza del paisaje, apretó inconscientemente contra sí a la muchacha, que se estremeció.

—Brusco contraste el de la Vida y la Muerte.

—Las dos palabras no son sino una sola. Se vive muriendo. Cada minuto que pasa no vuelve, cada ilusión que se pierde no retorna.

Las melancólicas palabras del agente del F.B.I. sorprendieron a Kasuko.

—No le entiendo. Se ha consagrado a la violencia y habla como un sentimental.

—Defiendo a mi patria y a la paz del mundo. Sin embargo...

—¿Qué?

—Es dura la entrega si no existe una compensación humanamente afectiva.

Se detuvieron ante las tumbas de los shogunes, magníficos templos que parecían agigantarse en las sombras. Walter pensó espolear la sensibilidad de la muchacha para averiguar su participación en el asunto que le preocupaba; pero la hermosura de la noche y los grandes ojos rasgados de Kasuko le ganaron a la poesía y al amor. Todos sus proyectos se desvanecieron en el lago de la diosa Benten. Las aguas brillaban fantásticamente.

—Merece la pena vivir en Tokio por ver esto.

—Sí —musitó ella.

—¿Vio a su amigo el francés? He cenado con él.

—¡Usted! ¡Increíble!

—Nos encontramos casualmente y me invitó, asegurándome que usted se presentaría. Acepté con la esperanza de verla.

—¿Para preguntarme de nuevo por Janet Slater?

—No. La prometí olvidar el incidente. A menos que usted tenga algo que decirme, cumpliré mi palabra. ¿Oye? Suena un *gong*.

—Los sacerdotes sintoístas se disponen a orar. Alejémonos. Los naturales no ven bien a los extranjeros cerca de los templos.

El del F.B.I. no replicó. Una pregunta pugnaba por salir de sus labios. No se atrevía a formularla. Lo hizo en una alameda, escuchando cercano el rumor de un manantial.

—¿Qué religión es la suya, Kasuko?

Ella se detuvo. Sus ojos se clavaron en los del hombre, como queriendo adivinar sus ideas.

—¿Le interesa mucho?

—Más de lo que supone. No puedo imaginarla rindiendo culto a la barbarie.

—¿Qué mal conoce el Sintoísmo! ¿No ha visto nunca un santuario? Está desprovisto de objetos e instrumentos de culto. Un espejo piano colgado en su interior forma la parte esencial de su decoración. Su presencia es fácil de explicar: simboliza el corazón humano que, cuando está perfectamente tranquilo y limpio, refleja la imagen misma de la divinidad. Si uno se coloca frente al santuario para la adoración, ve su propia imagen reflejada en aquella brillante superficie. El acto de culto equivale al viejo consejo deífico: “conócete a ti mismo”. Pero el conocimiento de sí mismo no significa, ni en la enseñanza griega ni en la japonesa, conocimiento de la parte física del hombre, sino de nuestra naturaleza.

—¿Es sintoísta, entonces? Habla de esa religión con mucho entusiasmo.

—No. Soy católica, bautizada por los jesuitas. Mi padre lo ignora y yo procuro, por no perjudicar sus negocios, mantener oculta mi Fe. Él es uno de los muchos indiferentes. El sintoísmo no es lo peor del Japón. Respeta al Soberano, la memoria de los muertos y opone la mansedumbre a la soberbia. ¿Complacida su curiosidad?

—Era más que eso. Has llegado a interesarme de tal forma que me gustaría escudriñar hasta lo más recóndito de tu corazón. ¿Quieres saber algo de mi vida?

—Sí.

—Soy nieto de irlandeses, católico también. Mis padres murieron al empezar la guerra. Luché en el ejército, y al licenciarme, asustado por la dureza de la existencia y buscando la aventura, ingresé en un Departamento oficial para la seguridad del Estado. Siempre me burlé del amor. Después de haberte conocido ha sido tal mi transformación, que me estoy conteniendo para no decirte que...

—Sigue —apremió ella con afán.

Ambos se habían tuteado, inconscientemente.

—No —negó él con desesperanza—. La muerte me acecha a cada instante y sería necio pretender la felicidad. Rogué al que fingió detenernos que nos condujera a un sitio tranquilo. Ambicionaba sentir tus labios sobre los míos. Perdóname, Kasuko. Iba a rogarte que te confiaras a mí. ¿Para qué me esperabas en el Seiyoken?

La interpelada no contestó. Sus manos temblaban levemente. Ahora se daba cuenta de que se había enamorado de aquel hombre. ¿Por qué no le decía la verdad? Tal vez, entre los dos, pudieran salvar a su padre. Se contuvo. Necesitaba conversar con Sadao, enterarse de a qué extremo le comprometía su colaboración con Oubuhito Abe y el misterioso individuo al que no pudo ver la cara.

—Olvidé darte mis señas y fui a reparar la omisión mientras llegaba la hora de cenar.

—¿No lo has hecho aún? Te invito.

—No. Acompáñame a casa. Ya es tarde.

Abandonaron el Parque Ueno y en un “taxi” se trasladaron al chalet en el que residía Kasuko Hirano.

—¿Quieres pasar? —preguntó ella.

—Otro día. ¿Vengo a buscarte mañana? Me agradecería que comiéramos juntos.

—No sé si será posible. Anota mi número de teléfono y llámame a la una.

El apuntó varias cifras en su cuaderno de notas y estrechando la mano de la muchacha, sin abandonar el vehículo, dio la dirección inmediata a la oficina de John Ferris, al que encontró conversando con Hugh Ellis, del Estado Mayor.

—A sus órdenes —dijo—. Se presenta Walter Carry.

—Le esperaba —respondió Ellis, con una sonrisa—. ¿Qué consiguió averiguar?

—Nada, por ahora. La intuición me grita que no tardaré en hallar una pista. Señor Ferris ¿encontraron al carcelero que golpeé para evadirme del calabozo?

—Sí, con un cuchillo clavado en el corazón.

—¿Asesinato?

—Imposible saberlo. Me inclino más a esa hipótesis que a la del suicidio, tampoco improbable en un ataque de terror. Esos hombres castigan las equivocaciones con la muerte. Un minucioso registro no dio resultado. O son muy astutos o no era ese su cuartel general. Siéntese y refiera despacio su aventura del Seiyoken.

Walter así lo hizo, sin omitir detalle.

—De haberme apeado en el hotel, me hubiesen acribillado a balazos por la espalda mientras pagaba. Les cogí desprevenidos. Su inquietud me avisó.

El miembro del Estado Mayor sacó una petaca de cuero conteniendo cigarros puros. Ofreció uno al agente y otro al inspector.

—Le felicito, muchacho. La patria le debe mucho, pero aún espera deberle más. Ferris me ha contado su aventura en Honolulu. Tengo la certeza de que espera encontrar la clave del enigma frecuentando el trato de la muchacha. ¿No es así?

—En efecto.

—¿Qué opinión le merece Kasuko Hirano?

—Inmejorable. Me buscaba en el Seiyoken para decirme algo y se arrepintió. En dos ocasiones he notado angustia en su voz. Convendría averiguar qué tal marchan los negocios de su padre.

—Ya he ordenado esa investigación. Le comunicaré lo que sepa a la mayor brevedad.

Tendió su caja de fósforos a Carry, que encendió el habano, aspirando voluptuoso el humo. Luego inquirió:

—¿Instrucciones?

—Las que usted mismo se dé —repuso John Ferris, cruzando una significativa mirada con Hugh—. Solo un consejo: descanse en las habitaciones del piso superior. Es posible que en los hoteles monten guardia sus enemigos para asesinarle.

—Accedo. Estoy rendido.

—Duerma tranquilo y no se preocupe de la hora de despertar.

—Gracias.

Abandonó Walter el despacho y, ascendiendo dos tramos de escalera entró en una alcoba.

Seguro de que ningún peligro le amenazaba, tras desnudarse, se acostó, durmiéndose con el recuerdo puesto en Kasuko Hirano...

CAPÍTULO V

C

UANDO la muchacha llegó a casa, el viejo Miki le dijo que su padre había telefoneado anunciando que tardaría en regresar y que quizá no lo hiciese en toda la noche.

La joven, a quién las emociones no privaron del apetito, cenó sola y se tendió en el lecho, encendiendo el portátil de la mesilla. Estaba dispuesta a esperar a Sadao.

Durante su estancia en América compró un ejemplar de “The Grapes o Wrath”, original de John Steinbeck, obra de la que se agotaron sucesivas ediciones con un total de cinco millones de tirada. Abstraída en la lectura, no sintió el paso del tiempo. A las tres de la mañana su padre seguía sin llegar. Tornó a leer, pero sus párpados se cerraron, quedándose dormida.

Al despertar, él sol entraba por la ventana del jardín. Miró el reloj. Eran las once.

Saltó de la cama y, poniéndose unas chinelas bordadas en oro y un kimono de seda, salió al pasillo. Miki, en la biblioteca, limpiaba el polvo al tresillo.

—¿Y papá?

—Duerme. Me ordenó que le despertara a las doce.

—Lo haré yo.

Disponía de tiempo y se duchó vistiendo un traje de chaqueta que se ajustaba a su cuerpo, destacando su belleza. Su rostro se tornó grave al llamar con los nudillos a la puerta de una habitación. Se sorprendió al oír una voz en la que no se adivinaba somnolencia.

—Pase.

Hizo girar el pestillo. Sadao, vestido, en la pequeña mesa de trabajo de su habitación, sumaba cantidades, consultando frecuentemente papeles amontonados ante sí.

—Hola. ¿Has descansado?

—Sí, hija.

Mientras le besaba, Kasuko observó un cenicero repleto de puntas de cigarrillos.

—¿De veras? Yo afirmarí que no.

—Pensé dormir, despreocupándome, pero no pude. Siéntate a

los pies de la cama. Supongo que querrás referirte a lo de ayer.

—Así es. No lo juzgues entremetimiento sino afán de ayudarte. Me educaste en el principio occidental de que las familias forman un todo. ¿Por qué te mezclaste con esos individuos?

La respuesta asombró a la muchacha.

—Para evitar la ruina. De tres años a esta parte, los mismos que estuviste en América, cuanto emprendí fue un fracaso. Contraté caucho en Ceylán y los barcos se hundieron en el mar de China. Varias compañías americanas rehusaron mis productos y el gobierno me negó permisos de importación. Hubo un momento en que debía más de un millón de dólares. Me alegré de que no estuvieras. Pasé días horribles. Hube de aplazar el pago de letras. Pedí un anticipo a un banco e hice frente a la situación, que continuó agravándose. Entonces recibí por vez primera la visita de Oubuhito Abe, quien me habló de una organización de patriotas. Mi premio sería licencia de exportación y libre comercio con China.

Sadao hizo una breve pausa.

—Hasta más tarde no averigüe la verdad. Ya había recibido doscientos mil dólares y firmado una carta comprometiéndome a la obediencia. Es una prueba de culpabilidad. He pasado la noche calculando hasta el último céntimo de dinero que me entregaron. Se aproxima al medio millón de dólares... falsos.

La última palabra estremeció a Kasuko.

—¿Qué quieres decir?

—En Tokio hay un lugar, que ignoro, en el que se tiran cientos de miles de billetes americanos. Con ellos pagué mercancías. Se utilizan en las negociaciones con determinados países. ¿Comprendes?

—Sí.

—El último balance arrojaba ya beneficios. En Pekín, un agente de compras para el que Oubuhito obtuvo los correspondientes permisos, gastó muchos de esos dólares en comprar a los soldados el fruto de la rapiña de la guerra. En los Estados Unidos el arte oriental se paga magníficamente.

He rehecho mi economía, pero mis lazos con esos hombres se han consolidado. ¡Imposible librarme de ellos!

Inclinó la cabeza con abatimiento.

—No desesperes, papá.

—No me preocupo por mi vida ni por mi libertad, sino por ti. Te envolverán en cualquier asunto criminal convirtiéndote en una delincuente.

Kasuko Hirano acarició los cabellos del que tanto cariño la demostró siempre.

—No deseabas que conociera la pobreza, ¿verdad?

—No.

—Dime de qué pueden acusarte, en qué has intervenido.

—Contribuí a la falsificación de moneda pasando dinero falso.

—¿Hay más? ¿Qué dice la carta que firmaste?

—Que no descansaré hasta que el Emperador no pague con su vida haberse vendido a los americanos. Me identificarán, en justicia, con los actos terroristas que asolan el país.

—¿Qué se oculta detrás de todo esto? ¿Rusia?

—Temo que sí. Sin la protección y la influencia de los Estados Unidos, los soviéticos podrían influir en el viejo Yedo. Al menos eso es lo que creen. Intenté complicar en el movimiento político a Meiji, el padre de tu amigo y las amenazas de Oubuhito, al que secundan grupos de indeseables europeos reclamados por la justicia de sus respectivos países. Fingí enojarme, pero me alegré. ¿En qué piensas?

—En nada, papá —mintió la joven—. Procura no perder la serenidad. Son las doce. ¿Tenías algo que hacer?

—Sí. He de ir a Koeki Eidan⁶. Comeré con un exportador norteamericano. ¡Cuidate, hija! Por ningún concepto tiendas una emboscada a Walter Carry.

—No lo haré.

Salió de la habitación, sentándose en la biblioteca, no sin conectar allí el teléfono. Miki le sirvió el desayuno, consistente en té y unos *sandwiches*, que comió despacio.

La mañana era espléndida. Pensó que si Walter llamaba le llevaría a Fukagawa, el distrito as populoso de la ciudad y en el que se hallan los mejores restaurantes y los más típicos centros de diversión.

Cual si le hubiese evocado con el pensamiento, repicó el timbre del teléfono. Kasuko, gozosa, descolgó el auricular. El desencanto se pintó en su rostro al oír la voz de Emilio Reybaud.

—Buenos días. ¿Vio la nota que la dejé ayer a su criado?

—Sí. Estaba en mi mesilla. La recibí tarde.

—¿Qué piensa hacer hoy? ¿Puedo ir a buscarla?

—No. Me han invitado a comer en casa de Usaburo Kuni. Más tarde iremos al teatro.

—¿No hay esperanza de que me dedique unos minutos?

—Por ahora, no. Ya le avisaré. Adiós, Emilio.

—Hasta la vista, Kasuko.

Apenas la muchacha hubo colgado el micro-teléfono, se vio obligada a responder a una nueva llamada. Su corazón palpitó de gozo.

—Hola, Walter.

—Hola, pequeña. Estoy a menos de cien metros de tu casa,

dispuesto a ir a buscarte. ¿Qué respondes?

—Que te espero a la entrada del jardín. No tardes.

Depositó sobre la horquilla el auricular y, cogiendo un bolso de mano alcanzó la calle. Carry, desde lejos, la saludó con la mano.

Minutos más tarde, los dos jóvenes caminaban por Tokio cuyas avenidas y paseos comenzaban a llenarse de los que, finalizado el trabajo de la mañana, dirigíanse a sus domicilios.

Tardaron cerca de una hora en llegar a Fukagawa. La joven iba mostrándole las características de la población, casi totalmente reconstruida después del terremoto de 1923, en el que perecieron millares de japoneses.

Tras una comida, en la que Kasuko mezcló platos europeos y del país, en un “taxi”, encamináronse a los jardines de Dango-Zaka, donde admiraron las exposiciones de crisantemos, acomodándose más tarde en uno de los veladores de un bar para, gozando de la sombra de los tamarindos, cubiertos de flores amarillentas tomar una taza de café.

La charla decayó. Hirano sintióse invadida por la tristeza. La paz que la rodeaba era falsa. Su padre se hallaba amenazado.

¿Qué hacer? ¿Cómo reaccionaría su compañero al saber la verdad? Siempre oyó decir que los agentes americanos eran autómatas, estatuas, sin otros sentimientos que no fuesen los de triunfar en las misiones que se les encomendaban.

¡Un espía! Resultaba increíble que él lo fuese.

—¿En qué piensas, Kasuko?

—En ti. En realidad, no sé a qué te dedicas. Anoche me hablaste de que habías ingresado en un Cuerpo especial. ¿Cuál es?

Walter comprendió que era llegado el momento de jugar con audacia la baza que inclinara a la muchacha a la confianza. Repuso, mirándola a los ojos:

—Sé que guardarás el secreto. Milito en el F.B.I. Pongo mi suerte y mi vida en tus manos.

Observó que en los ojos de la joven florecían las lágrimas.

—Eres más fiel que yo.

—No te entiendo.

—Sí, Walter. No vacilas en revelarme cuál es tu verdadera profesión. Yo te engañé una vez en Honolulu y ahora...

Rompió a llorar desconsoladamente. Carry esperó a que se calmara.

—Serénate, Kasuko. ¡Si pudiera ayudarte!

—¿Me quieres?

—¡Con toda mi alma! ¿Has podido dudarle? Anoche, en el Parque Ueno, callé porque el camino que he elegido posiblemente me conducirá a la muerte. Sin embargo, en mi alma no había ya

lugar más que para tu figura...

—¡Walter!

Se estrecharon las manos por encima del velador. El camarero les miró desde lejos, sonriendo. En los años que llevaba prestando servicio en los jardines vio arrullarse a muchos novios.

La muchacha refirió a Walter su historia, una historia en la que abundaban pasajes que hicieron vibrar el corazón del agente del F.B.I. ¡Allí estaba la verdadera pista!

Una vez que Kasuko Hirano hubo terminado, inquirió:

—¿Billetes falsos? ¿Tienes certeza de lo que afirmas?

—Absoluta. ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. Me agradecería hablar con tu padre, obtener una confesión completa. A la hora de juzgarle sería un atenuante a su favor.

—Él no querrá.

—Debes convencerle. Óyeme bien.

Con su característica rapidez de pensamiento, Walter concibió un audaz plan de acción.

—Sé que lo harás, Kasuko. Y hoy mismo. Cada día que transcurre es mayor el peligro. Para que no corra riesgos yo procuraré que...

Las palabras cálidas, persuasivas, del hombre al que amaba convencieron a la joven, que hizo intención de levantarse.

—Espera. Aún disponemos de tiempo. Quiero decirte lo que rebosa en mi corazón.

El diálogo se hizo íntimo y el pasado y el porvenir quedaron suspensos en el maravilloso presente.

A las cinco de la tarde se dispusieron a poner en práctica sus proyectos. El rostro de Kasuko mostraba una serena decisión. El de Walter, gozo. Ella inquirió al despedirse:

—¿Hay algo más fuerte que el amor?

—Difícil respuesta. El amor forma parte del espíritu y en ese mundo impera por igual la patria y la fe. Si se prostituye, pisoteando los principios fundamentales del hombre, se transforma en una pasión bastarda. Más fuerte que el amor es el amor mismo... ¿Comprendes?

—Sí, Walter.

El apretón fue interminable. Al fin, Kasuko se desasíó, montando en un “taxi” para cumplir su difícil cometido. Carry, una vez que el vehículo se hubo perdido a lo lejos, vaciló acerca de la dirección a tomar. Preguntaría a un agente de tráfico.

Su ignorancia de la ciudad iba a salvarle la vida. Al girar la mirada en torno suyo distinguió un automóvil que se acercaba. En una de las ventanillas brillaba algo metálico.

Con la práctica adquirida en la Academia de Quantico, saltó de costado, protegiéndose en un árbol al tiempo que tableteaba una ametralladora. Los proyectiles zumbaron en sus oídos, clavándose varios en el improvisado y providencial parapeto. La “German Luger” de Walter ladró una vez. El que empuñaba la automática se dobló en el interior del coche.

El vehículo agresor desapareció en la distancia y el agente del F.B.I. deseando no dar publicidad al suceso, anduvo con paso rápido, antes de que le abordase ningún representante de la Ley.

Una sospecha le angustió. ¿Estaría Kasuko de acuerdo con sus enemigos?

Se mordió los labios. ¡Imposible!

Sin embargo... La duda, al agigantarse en su cerebro, le angustiaba.

CAPÍTULO VI

U

NA sombra saltó la verja del jardín, agazapándose en el suelo. Tras unos segundos de espera y vigilancia, un hombre se puso en pie y hurtando el cuerpo a la luz de la luna, rodeó el hotel hasta llegar a la parte posterior, en la que había una ventana abierta. El foco de una linterna eléctrica iluminó un cuarto de baño. El individuo examinó un croquis trazado en un cuaderno de notas. Sin vacilaciones, penetró en la casa y avanzó por un pasillo. Oyó pasos que se acercaban en dirección contraria y se detuvo. En su mano derecha apareció una pistola.

—¿Eres tú, Walter? —preguntó en la oscuridad.

—Sí, Kasuko.

—Ven conmigo. Papá acaba de llegar.

La muchacha le condujo a su dormitorio, cerrando tras de sí. Luego de cerciorarse de que la cortina que ocultaba el ventanal estaba echada se acercó a Carry, quien, con una sonrisa, inquirió:

—¿Tranquila?

—Sí. Voy a hablar con papá. El criado duerme.

La joven abandonó la habitación y el miembro del F.B.I. encendió un cigarro, confiando en que la espera no sería larga. Eran las doce de la noche y deseaba estar presente en el momento del asalto.

Transcurrió el tiempo. Walter tenía la certeza de que de la respuesta de Sadao dependía su felicidad. Si se negaba a las proposiciones de su hija, en un futuro próximo Veríase obligado a detenerle, abriendo entre él y la muchacha una profunda sima, quizá llena de sangre.

¡Amaba a Kasuko con la fuerza de un primer cariño! Apenas un hombre, la guerra de Vietnam le envolvió con sus tentáculos de muerte, pólvora y barbarie. Tuvo aventuras con mujeres fáciles de las que no faltan en los campamentos. Su corazón, endurecido por los horrores de la contienda, se insensibilizó y, como tantos otros, compañeros suyos, abominó de lo que no fuera el placer.

Ahora era distinto. Algo muy grande se había abierto en su alma.

Aplastó el pitillo contra un cenicero de metal. Estaba

desasosegado, nervioso. Incapaz de permanecer quieto, paseó a grandes zancadas por el cuarto.

Quince... veinte... treinta minutos.

Escuchó una voz de hombre y, protegiéndose en uno de los laterales del armario, aguardó el curso de los acontecimientos. Entró Kasuko, seguida de su padre.

—¿Dónde estás, Walter? —preguntó ella en voz alta—. Es papá. Quiere darte la respuesta.

El agente federal se mostró a los que llegaban. Sadao extendió su mano, en cordial saludo.

—Celebro conocerle, señor Carry. Le agradezco que se interese por nosotros. Se porta con mi hija mejor que ella lo hizo con usted.

—Es una historia pasada que no merece la pena recordar. ¿Le has contado todo?

Kasuko vaciló.

—No. Me dio vergüenza decirle que...

—Comprendo. No se trata de obtener un éxito en una misión de justicia ni de procurarme un ascenso. Nos queremos y seríamos desgraciados si algo impidiese nuestro matrimonio. De ahí nace mi deseo de protegerle. No tuerza el gesto. No es una humillación servir a la justicia.

—Sí lo es ser cobarde. Nadie me obligó a aceptar las proposiciones de Oubuhito Abe. Lo hice voluntariamente porque me convenía. He de afrontar las consecuencias. ¿Te sorprendes, Kasuko? Te he escuchado sin interrumpirte, alegre al comprobar que te preocupas por mi bien, que te acongojan mis problemas. Tus razones, fruto del cariño, eran lógicas; pero existe honor aun en el deshonor. Mi resolución ha sido adoptada. Mañana me entrevistaré con mis jefes para anunciarles que, pese a todos los riesgos y amenazas, me desligo de ellos, comprometiéndome a devolverles en buena moneda lo que me entregaron. Los delatores me repugnan. ¿A usted no, señor Carry?

El aludido no respondió. Empezaba a admirar a su interlocutor. Walter no negaba el heroísmo de sus enemigos. Aquel hombre, con solo ponerse de su parte, podía obtener quien sabe si hasta la libertad. Sin embargo, aun reconociendo su culpa, su error, se negaba a vender a los suyos. Sadao continuó:

—Su silencio me satisface. No te reprocho nada, hija. Has de regresar inmediatamente a los Estados Unidos. Te matarán.

—Correré tu suerte. No saben que he informado a Walter. Me suponen vigilándole.

—Es bueno el consejo de tu padre, Kasuko. Pese a que confío en que en breve habremos asestado a esos individuos un golpe mortal, fuera de Tokio nada te amenazaría.

—¡Me quedo con vosotros! Papá, por una vez, atiende mi consejo. Son enemigos de tu patria. Haz lo que te he pedido. Una declaración firmada, en la que, aceptando tu responsabilidad, pongas de relieve los secretos de la organización. ¿Quién ha de enterarse?

—Mi conciencia. ¿Va a detenerme, Walter?

Hubo un largo silencio. Kasuko contempló angustiada a los dos hombres. Respiró con alivio al oír:

—No. Quisiera no verme obligado a hacerlo. No le reprocho. Elige su destino. ¿No me odiará?

—Me considero dichoso de que la defienda. Tal vez, en un futuro, no esté yo en condiciones de hacerlo. ¿Se marcha?

—Sí. No te desalientes, querida. Estaba seguro de la respuesta de tu padre, pero valía la pena probar. No necesito su ayuda. La Ley siempre triunfa y ahora no va a ser una excepción. ¿Nos veremos, Kasuko? Es conveniente que así sea. Si lo que me propongo fracasa, debes continuar fingiendo adhesión a Oubuhito. Cuando todo termine volveremos a hablar de lo nuestro. Mientras tanto...

La frase incompleta revelaba dolor.

La despedida fue triste para todos. Carry, no queriendo comprometer a Sadao ni a la mujer que amaba, abandonó la casa de la misma forma que entró y, luego de caminar unos cien metros, montó en un vehículo, en el que le esperaba John Ferris.

—¿Suerte, Carry?

—No. ¿Qué averiguó por su parte?

El inspector puso en marcha el automóvil antes de responder.

—Hubo una época desastrosa para la economía de Sadao. En lo que respecta a los billetes falsos, hemos cursado órdenes a los agentes en China. Aguardamos la respuesta de un momento a otro. Lo siento de veras, Walter.

—Gracias.

El vehículo, diestramente conducido, abandonó la ciudad, tomando la carretera de Yokohama.

—Hugh Ellis se muestra satisfecho de su labor, Walter. Pese a que como alumno en Quantico no obtuvo una calificación brillante, siendo relegado a los últimos puestos, él le propuso al Estado Mayor para que le enviasen a Tokio.

—Lo ignoraba. Me limito a cumplir con mi deber.

Callaron. Los faros del automóvil horadaban las sombras haciendo brillar fantásticamente el macadán de la carretera.

—Pare. Hemos llegado.

El inspector frenó detrás de varios vehículos, en los que montaban guardia soldados japoneses. Ferris mostró un carnet al oficial, preguntando:

—¿Y los demás?

—Rodean el edificio.

—Vamos, Walter. Hemos de comenzar el ataque.

En las cercanías de la casa a la que Denis Polt condujo a Kasuko Hirano, una sombra surgió ante ellos. Era un agente federal, adscrito a la Embajada como tercer secretario.

—¿Y el señor Ellis?

—A su izquierda —repuso una voz burlona—. ¿Traen novedades?

—Ninguna.

—Entonces... ¡Ya es hora de que iniciemos el asalto! Hay luz en dos ventanas de la planta baja.

El miembro del Estado Mayor del F.B.I., que portaba una ametralladora “Thompson”, transmitió órdenes en voz baja.

—Sígueme. Supongo que no tropezaremos con demasiados obstáculos.

Se equivocaba. A unos diez metros del hotel dos mastines comenzaron a ladrar furtivamente. Tres agentes saltaron la verja, empuñando cuchillos, dispuestos a silenciarlos, cosa que consiguieron en un alarde de valor y no sin esfuerzo. Al estruendo de la lucha, un hombre se asomó a una ventana e hizo fuego con una pistola. ¡La alarma había sido dada!

Perdida la ventaja de la sorpresa, en pie, se aproximaron a la puerta. Tronó un revólver y la cerradura saltó hecha pedazos.

Ferris, Ellis y Carry, que iban en vanguardia, no encontraron resistencia. El primero, inquirió:

—¿No huirán?

—El cerco es completo. Sin duda, comprendiendo lo difícil de su situación, se habrán replegado para ofrecernos una más eficaz resistencia.

Así era. Al intentar ascender por la escalera que llevaba al piso superior una granizada de balas les obligó a arrojar al suelo. Tiraban desde el primer descansillo.

Walter esperó con su “German Luger” y al ver asomar una mano apretó el gatillo. Un grito de dolor le demostró que el proyectil no se había perdido.

Hugh Ellis, con una audacia rayada en la temeridad, cual si quisiera demostrar a sus subordinados que los del Estado Mayor no se limitan a dar instrucciones, sino que, llegado el caso, no temen afrontar la muerte, lanzando ráfaga tras ráfaga de ametralladora, subió, temerario. Carry le siguió, mientras John Ferris, con fuego graneado, impedía a los enemigos precisar el tiro.

No hallaron a nadie en el primer piso. ¿Qué ocurría?

—¡A la azotea! —exclamó Walter, acometido de una súbita

sospecha.

Alcanzaron la terraza por una puerta de chapa metálica provista de un grueso cerrojo. No tenía llave. A los que habitaban en el edificio les interesaba que nadie pudiese penetrar desde el exterior.

Carry fue el primero en darse cuenta de que Oubuhito Abe y sus secuaces les burlaban una vez más al distinguir un bulto en el cielo y oír el sonido de paletas al azotar el aire.

—¡Un autogiro! ¿Cómo no previnieron semejante posibilidad? Perdón, señor Ellis.

—Es tarde para reproches y necio que movilizemos a nuestros aviadores. Antes de que despeguen ese maldito japonés habrá tomado tierra. Hay que comenzar de nuevo.

—Con el agravante de que dos personas corren peligro. Me refiero a Kasuko Hirano y su padre. Sospecharán de ellos.

—Tal vez no, Walter. De todas formas, intentarán ponerse en comunicación con sus amigos y será el momento de actuar. Es nuestra única pista.

Reuniéronse con John Ferris, iniciando un registro que no dio otro resultado que el descubrimiento de varios paquetes de opio.

—A Oubuhito no podía faltarle ese vicio. Generalmente los criminales de su especie son casos patológicos.

La redada constituyó un fracaso, sirviendo únicamente para poner más en guardia a los que interesaba capturar.

Acomodados en el despacho de Ferris, el inspector, Walter y Hugh cambiaron impresiones. Sonaron unos discretos golpes en la puerta.

—¡Adelante! —autorizó John.

Un hombre saludó, respetuoso, entregando un mensaje, que Ferris leyó.

—Confirman de Pekín la existencia de billetes falsos. Envían muestras en un avión comercial. Puede retirarse —autorizó al telefonista.

El silencio fue largo. La mirada de Ellis se posó en Carry.

—Sin usted lo hubiéramos averiguado demasiado tarde. Creo que aún dispondremos de tiempo para atajar el mal. Si esos billetes circulan por el extranjero en grandes cantidades, nuestra economía sufrirá grave quebranto. Deseo explicarle que en el curso mereció uno de los cinco primeros números y no el que le dimos. Los profesores, en su informe moral, coincidieron en destacar sus dudas con respecto a su vocación. Al parecer, usted hizo el comentario de que la lucha por la vida era dura y lo mismo daba una profesión que otra, porque nada sería peor que lo pasado en Vietnam. ¿Es cierto?

—Sí.

—Quisimos probarle, humillándole. Aguantó bien y me convencí

de que el F.B.I. realizó una buena adquisición. Por eso le nombré para este servicio.

Carry tomó un cigarrillo de la caja de tabaco que había sobre la mesa.

—Gracias, señor Ellis.

—Tenía que decírselo tarde o temprano. ¿Qué piensa hacer?

—Ponerme en contacto con Kasuko.

—Proceda como le parezca oportuno. ¡Si supiéramos dónde tienen instalado el taller de falsificación!

—Lo averiguaremos.

Walter, en pie, estrechó la mano de los dos hombres, saliendo del despacho. En la central telefónica habló con la mujer a la que amaba, previniéndola de posibles riesgos.

—Mañana, a las diez, te aguardo en Takanawa, frente a la estación de Meguro. No faltes. Adiós, querida.

Se retiró a descansar. Por encima de la contrariedad del fracaso, sentíase alegre. Hugh Ellis, del Estado Mayor, no supo evitar la fuga de Oubuhito Abe y sus secuaces. ¡También los jefes se equivocaban!

CAPÍTULO VII

D

ENIS Polt, que pilotaba el helicóptero, comentó gozoso:

—¡Los hemos burlado!

—Creo que sí —respondió Oubuhito Abe—. ¿Qué tal, Vladimir?

—Han debido romperme el hueso de la muñeca —repuso el aludido, con un gesto de dolor.

Pronto curarás. No te preocupes.

El japonés se abstrajo en no muy gratas reflexiones. Dijo:

—Aterrizo en la parte norte de la población, en las proximidades del puerto. Si nos localiza un avión militar podemos considerarnos perdidos.

Denis maniobró hábilmente para cumplir las instrucciones de su jefe. Diez minutos más tarde se disponía a tomar tierra. Oubuhito se lo impidió.

—Sigue al puerto, a la cubierta del “Hu-ku”. No será difícil cubrir el autogiro con lonas. Hemos de evitar que encuentren la menor pista.

Poco después, el helicóptero se posaba en el lado de estribor de un viejo barco de transporte fondeado en la bahía. Oubuhito y Denis bajaron los primeros, ayudando a descender a su camarada herido. Un marinero chino, armado con una moderna metralleta, se les acercó.

—Escóndelo —ordenó el japonés—. ¿Está el jefe?

—Sí.

Los tres hombres descendieron por una escalera de hierro a unas grandes bodegas. Un ruido monótono de máquinas en marcha se escuchaba lejano.

Atravesaron los departamentos destinados a carga de mercancías y, por una nueva escala, alcanzaron un pasillo en cuyos laterales se abrían numerosas puertas. Oubuhito llamó a una de ellas. Un hombre salió a abrir. Al ver el pañuelo sangrante en torno a la mano de Vladimir en sus ojos se pintó la inquietud.

—Pasad. ¿Qué ha ocurrido?

—Nos han traicionado, Kravchenko. Pudimos huir en el autogiro. Ese Walter Carry es un peligroso enemigo.

—Y vosotros un grupo de necios. Sentaos.

El jefe del servicio de espionaje extranjero en el Japón miró con fijeza a sus subordinados. Denis Polt y Vladimir experimentaron un extraño desasosiego. Oubuhito no pestañeó, replicando:

—Los grupos de acción tropezamos con dificultades. Nosotros...

—No sigas. Se te dieron órdenes y no las has cumplido.

La organización de patriotas no ha ganado adeptos sino asalariados fáciles de encontrar. Mientras nosotros cosechamos fracaso tras fracaso, el Emperador aumenta su prestigio. Sus decisiones son acogidas con entusiasmo. ¡Hay que matarle! De este modo se desencadenará la anarquía y el terror, y llegará nuestra hora. ¿De quién sospecháis?

—De Sadao y de su hija. Por eso nos hemos trasladado aquí. Este refugio es desconocido de todos. El momento es grave.

Alexi Kravchenko sonrió con ironía. Era hombre que de la más humilde condición había llegado a ser uno de los jefes del Servicio de Espionaje de su país. Oubuhito no ignoraba su historia. Estaba considerado por sus superiores como un verdadero técnico en sabotajes. Solo a él podía ocurrírsele instalar los talleres de falsificación de moneda en un buque anclado con el pretexto de carenar.

—Estamos terminando una nueva tirada de billetes para que circulen en todo el país. Cuando se descubra, nadie querrá tomar moneda americana. Pasado mañana, el Emperador se trasladará a Nagoya, a fin de inaugurar un aeropuerto. No debe llegar. ¿Confío en ti, Oubuhito?

—Sí. Dispondré los grupos dos y tres. ¿Qué hacemos con Sadao?

—Eliminarle.

—¿Y su hija?

—Debe correr la misma suerte. ¿Entendido? Tú y Denis bastaréis. Venid conmigo.

Penetraron en la bodega inferior del buque. Nueve hombres se volvieron, reanudando sus tareas. En un rincón, grandes fajos de billetes.

Dos minervas y dos máquinas automáticas funcionaban sin interrupción, servidas por sus correspondientes obreros. Un técnico en grabado corregía el menor defecto que en las planchas pudiera ocasionar el tiraje. Al fondo, una guillotina.

—¿Y la energía eléctrica? —preguntó Denis.

—Nos la procuramos mediante una dinamo de gran potencia. De día, el buque parece desierto.

Regresaron al despacho. Vladimir, animado por las muestras de confianza de Alexi Kravchenko, rogó:

—Cúrenme la muñeca. Sigo perdiendo sangre.

—Mandaré que lo hagan. Vosotros, podéis marcharos. No olvides, Oubuhito, que no deben apresarte vivo. Tú eres el único que conoces a los jefes de grupo.

—Descuide. Odio a la tierra en que nací. En ella no pasé sino hambre y miseria. ¡No me capturarán!

Kravchenko pulsó un timbre. Dos marineros se ocuparon de trasladar a Denis y al japonés a tierra, en una lancha, mientras otro, con un botiquín de urgencia, desinfectaba la herida de Vladimir.

Una vez en el puerto de Shinagawa, Polt habló:

—Me intimida ese hombre. ¿Cómo permite que le tutee, Oubuhito? Usted vale más que él.

—Es mi superior.

—¿Por qué no le responde de igual manera?

—Sería ponerme a su altura, otorgarle una amistad que no existe.

—¿Dónde vamos? Pronto amanecerá.

—A la posada de Tori-Kawan. Su dueño me conoce de antiguo. Allí descansaremos antes de jugarnos, a la desesperada, la última carta.

—¿Tan difícil es nuestra situación? —inquirió Denis Polt.

—Sí. ¡El F.B.I. es implacable!

Anduvieron en silencio por el barrio portuario. Oubuhito llamó en una puerta de forma convenida. Minutos más tarde, sentados en el suelo y presenciando la última parte de una representación de teatro chino, el japonés le explicó:

—Podíamos encontrarnos con una patrulla. Aguardaremos a que amanezca.

Un sirviente colocó ante ellos una mesita conteniendo dulces y bebidas. El local estaba lleno de orientales. La sala era amplia, desprovista de decoración. Denis preguntó a Oubuhito:

—¿A qué hora empezó?

—¡Quién sabe! Tal vez a las seis de la tarde de ayer. Hay funciones que duran días, salvo los obligados descansos. Ahora los actores se persiguen.

Dos chinos, vestidos con bordadas túnicas, entraron y salieron repetidas veces al escenario.

Denis Polt tomó confituras de chocolate, regándolas con grandes tragos de aguardiente de caña. Los músicos comenzaron a interpretar una suave composición. Oubuhito le explicó:

—El pájaro canta al oído del príncipe infundiéndole ardor combativo.

Un actor, con la cabeza baja, sentado en una estera, no se movía.

Pasaron los minutos sin que nada alterase el espectáculo. Los

instrumentos de cuerda continuaban desgranando sus notas. Denis, desasosegado, encendió un cigarrillo, admirándose de la impasibilidad de su acompañante. Miró su reloj de pulsera. Faltaba poco para el amanecer. El sueño y la fatiga comenzaron a vencerle.

Le sacó de su modorra Oubuhito:

—Vamos.

Ya en la calle detuvieron un “taxi”.

—A la posada Tori-Kawan...

* * *

Las horas transcurrieron felices para los enamorados. Una vez que Walter puso en antecedentes a Kasuko de lo ocurrido la noche anterior, no hablaron ya de otra cosa que de un futuro dichoso.

En evitación de una desagradable sorpresa, dirigieron a las afueras de la ciudad, de frondosa vegetación, y entre árboles, sentados en el suelo, el diálogo floreció al conjuro de los recuerdos.

—Has sido providencial para mí —reconoció él—. En Honolulu impediste que leyera un mensaje en tinta simpática. En él se me mandaba esperar un barco. De haberlo hecho, el Emperador habría sido víctima del atentado que pude evitar.

—¿Por qué lo desmienten las autoridades?

—Una medida política. Sin querer hemos vuelto a lo que nos obsesionaba. Debimos traernos la comida para no vernos obligados a regresar a la ciudad.

—En las inmediaciones hay un mesón. Podemos sentarnos en el jardín.

—Excelente idea.

La ayudó a ponerse en pie. Al hacerlo, el cuerpo de Kasuko quedó muy cerca del de Carry.

—¡Estás preciosa!

Ella enrojeció. En la frase había tanta pasión que no pudo evitar un estremecimiento. Cerró los ojos, sintiendo en sus labios el fuego de los del hombre. Se apartó, no sin esfuerzo.

—¡Por favor, Walter! —suplicó.

—Perdóname, Kasuko. No pude contenerme.

Con dedos no muy firmes la cogió del brazo. Caminaron por el campo, en absoluta soledad. Se detuvieron.

—¡Te quiero, Kasuko!

Carry rodeó con su brazo la cintura de la joven, y, muy despacio, prosiguieron el paseo.

A la sombra de unos cerezos, y servidos por una mujer de bondadoso aspecto, comieron en el parador al que Kasuko se refiriera.

El crepúsculo llenó sus almas de melancolía. Era necesario enfrentarse de nuevo a la realidad.

—Volvamos —rogó la muchacha—. Papá me prometió que cenaríamos juntos. ¿Le habrá ocurrido algo?

—No te preocupes. Uno de mis camaradas vela por su vida.

El ferrocarril de circunvalación les condujo al centro de la ciudad. Entristecidos, los dos jóvenes callaban.

—Sería mejor que no me acompañaras a casa.

—¿Por qué? ¿Acaso temes que me maten? No seas niña. He demostrado a esos hombres que sé defenderme.

En la calle donde residía Kasuko, Walter aceleró el paso. Acababa de ver un grupo de personas cercano al hotel. Kasuko, muy pálida, le siguió.

Carry se abrió paso a codazos entre los curiosos, enrojeciendo de ira. Un norteamericano yacía muerto, sobre un charco de sangre.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Le dispararon desde un coche. No se oyeron detonaciones. Sin duda utilizaron silenciadores. Hemos avisado a Jefatura.

—Gracias.

Con un terrible presentimiento, Kasuko se dirigió a su domicilio. Walter, comprendiendo que nada podía hacer por su compañero, fue tras ella, deteniéndola.

—Espera. Tal vez estén dentro. Iré primero. El que han asesinado era el que custodiaba a tu padre.

Atravesaron el jardín. Carry llevaba su mano derecha muy cerca de la culata de la “German Luger”. En el vestíbulo, la joven lanzó un grito de terror. Miki, el fiel criado, estaba en el suelo, con un cuchillo clavado en el pecho. Walter le examinó.

—Ha muerto. Esos canallas no vacilan en eliminar obstáculos. Ponte detrás de mí.

Fue inútil su advertencia. La muchacha se le adelantó, llamando con voz angustiada:

—¡Papá! ¡Papá!

Temía hallarle muerto en cualquier habitación de la casa. No fue así. Junto al teléfono había una nota, que Carry leyó:

“Recibirá nuestras noticias. De su obediencia depende la vida de Sadao”.

Kasuko se desplomó, sollozando, en una butaca.

—¡Le matarán! ¡Le matarán!

—Cálmate, querida. Nosotros le salvaremos.

Ella levantó la cabeza. Sus ojos brillaban de excitación.

—Yo he sido la culpable por fiarme de ti y de los tuyos. ¡Vete!

¡No quiero verte! —él fue a acercarse para tranquilizarla con una caricia—. ¡No te acerques!

Dolido por el que consideraba injusto reproche, Walter, confiado en que no tardaría en serenarse, marcó el número del teléfono privado de John Ferris. El de la central le anunció:

—Ha salido en compañía del señor Ellis.

—Gracias.

Colgó, sentándose frente a Kasuko. Una vez más, Oubuhito les ganaba la partida.

Sus enemigos habíanse arriesgado al raptar a Sadao en pleno día. Sin duda, luchaban a la desesperada.

Era preciso que la joven le escuchara, prometiendo obedecerle. Para calmar su creciente nerviosismo, fumó, ávido, mirando con dolor a Kasuko. Dijo, persuasivo:

—¿Quieres oírme? Después, si lo deseas, me iré para no regresar. Es inexplicable tu actitud. Nada le ha ocurrido a tu padre. Les servirá de cebo para atraparte a ti... ¡y quién sabe si a mí también! ¿Oyes? —sonaba el timbre del teléfono—. Muéstrate afligida y promete hacer lo que te manden.

Kasuko Hirano le miró con desprecio.

—Mi padre y yo no serviremos de cebo para que triunfes. Si me prometen respetar nuestras vidas ignorarás sus condiciones.

Tomó el auricular.

—Sí... Está conmigo... No acostumbro a mentir. Ignoraba que uno de los suyos nos hubiera visto entrar... No, no le interrumpiré... Iré sola. Él no vendrá... Sobran las amenazas, Sus garantías de que nada nos ocurrirá me bastan... Seré prudente... Adiós.

Se encaró, desafiante, con Carry, luego de cortar la comunicación.

—¿Tienes algo que preguntarme?

—Sí. ¿Qué te han dicho?

—No lo sabrás. Solo te diré que pretenden que abandonemos el Japón para evitar que nos detengan y nos obliguen a confesar.

—No lo creas, Kasuko. Os matarán. Oubuhito Abe y los hombres que me apresaron a mi llegada a Tokio son seres sin entrañas. Te han tendido una trampa.

—Te esfuerzas en vano, Walter. Es mi deber salvar a mi padre. Si vas tú, es seguro que le asesinen. Si lo hago yo hay una posibilidad de que cumplan lo que han dicho. Adiós. No me sigas. Lo nuestro ha terminado.

Dolido por la actitud de la muchacha, el agente del F.B.I. se levantó y, cogiéndola por los hombros, barbotó, fuera de sí:

—¡Escucha! Si quisiera impedirte el disparate que proyectas, no

necesitaría más que mandar que te detuvieran, acusándote de complicidad con los traidores al Japón. No quiero usar del poder que me otorga la ley. Soy el único capaz de libraros de Oubuhito Abe. No me importa el éxito, sino tu vida. ¿Comprendes?

—¡Suéltame, y vete! Si no hubieras utilizado el informe que te di, atacando el hotel de la carretera de Yokohama, mi padre continuaría en libertad y yo también. Nuestra sangre caiga sobre tu cabeza.

Salió de la estancia, dando un portazo. Carry, frunciendo el entrecejo, abandonó el hotel. Hasta por encima de su voluntad salvaría a Kasuko.

CAPÍTULO VIII

T

EMI que estuvieses ofendida con nosotros.

Usaburo Kuni estrechó la mano de Kasuko, que se apresuró a explicar:

—Han sido muchas las preocupaciones, y...

—No tienes por qué disculparte, hija —medió Meiji—. Los jóvenes de hoy son muy impetuosos. Siéntate a mi lado y hálame de ti y de tú, padre. Desde que vino a pedirme colaboración en un movimiento político no ha vuelto a visitarnos. ¿Le ocurre algo? ¿Está enfermo?

—Exceso de trabajo. ¿Y su salud?

—No puedo quejarme.

En el gabinete, los reunidos la miraron con afecto. La muchacha comentó:

—Has cambiado mucho, Usaburo. Cuando me marché de Tokio hace tres años eras un mozalbete, y te encuentro convertido en un hombre. ¿Qué tal los estudios?

—Bien.

—Demasiado bien —se condolió Meiji—. Las costumbres occidentales han arraigado en su corazón. Editan un periódico y son tan osados que atacan al Emperador —hizo una inclinación de cabeza—. El lleva sangre *samurái*, pero ha renegado. Espero que los años le hagan comprender sus errores. No sé para qué te hablo de esto. Tú también profesas las ideas modernas. Resulta inconcebible que tu padre te diese permiso para abandonar el Japón en vez de casarte con un noble. No... no repliques. Sé que Sadao es un indiferente, orgulloso de su ascendencia europea. ¿Puedes decirme quiénes integran la organización en que quiso mezclarme?

—¡Hombres sin conciencia, desalmados! A él le engañaron y se encuentra en un apuro, quizá a un paso de la muerte.

La sincera respuesta sorprendió a Meiji. Usaburo Kuni prestó la máxima atención, rogando:

—Dinos la verdad. Quizá podamos ayudarte. ¿Viniste a eso?

—No. Necesitaba cariño y me acordé de esta casa, ¡Lo que nos sucede es horrible!

Apretó la cabeza entre sus manos. Sus nervios, sometidos a encontradas emociones, se relajaron, y sollozó. El japonés fue a hablar, pero Meiji se lo impidió.

—Es mejor que se desahogue. Di a tu madre que prepare un cordial. Le necesitará.

Usaburo Kuni obedeció, regresando a los pocos minutos.

—Ahora lo traerán. ¿Qué crees que puede pasarle?

—Lo ignoro.

El estudiante, maquinalmente, llevó su diestra a la pitillera. Se contuvo. Su padre le autorizó, con severidad.

—Fuma. Sé que lo haces fuera. El respeto está en lo íntimo del corazón, no en lo externo.

—Pero...

—Hazlo.

Usaburo Kuni encendió un cigarro. La muchacha continuaba llorando. ¿Qué tragedia la atormentaba? Meiji habló con dulzura.

—Alivia compartir el dolor.

La joven, con frases entrecortadas, refirió los acontecimientos en que se había visto envuelta.

—Tal vez le odien por haberles pretendido engañar.

Actuaba impulsado por amenazas.

—Nada debe hacerse contra el honor. La muerte no es término, sino principio. Morir con honra es vivir para la eternidad.

En las palabras de Meiji vibraba el espíritu del Bushido, mezcla de feudalismo, de orden de caballería, de religión...

—Continúa —apremió Usaburo.

Kasuko así lo hizo, no omitiendo sus relaciones con Walter Carry. Terminó:

—Dentro de unas horas cumpliré las órdenes de los raptos.

—¡No vayas! —exclamó, apasionado, el estudiante.

—No hay otra solución. Reconozco que papá es culpable, pero he de compartir su suerte. Siento haber venido, preocupándoles. He de marcharme.

Se puso en pie en el momento que entraba una mujer portando una taza humeante.

—No será sin que antes tomes esto. ¿Verdad, Meiji?

La recién llegada, obedeciendo las tradiciones, y con arreglo a su mentalidad oriental, no manifestó sentimiento alguno por la presencia de Kasuko Hirano, retirándose no bien la hubo servido.

El dueño de la casa inició un diálogo intrascendente con el propósito de distraer a la muchacha. Al despedirse Kasuko, mandó:

—Acompáñala, Usaburo.

—Gracias, padre.

Salieron los dos jóvenes. Eran las siete de la tarde y las calles

hallábanse muy concurridas.

—¿De veras no puedo ayudarte? ¡Me agradecería tanto hacerlo!

—Walter pretendió lo mismo y me negué.

—¿Le amas mucho?

—Con toda mi alma.

—Uniéndote a él no se romperá la tradición familiar de no mezclar sangre asiática en los matrimonios de tu familia. ¿Influyó esa idea en tu decisión?

—No. ¡Soy tan rebelde como tú! Es un hombre admirable. ¿Por qué te enfrentas a tu padre?

—El representa un Japón anticuado, primitivo. Nosotros haremos de nuestra raza un pueblo libre, poderoso... Por fortuna, las nuevas generaciones vivimos cara al porvenir y no cara al pasado. Mac Arthur fue providencial para la patria. Los americanos nos ayudaron mucho.

Hablaba con fervor de iluminado. Kasuko comentó:

—Creí que los jóvenes odiabais al general.

—Al contrario. Solo un militar de su prestigio pudo derribar las viejas murallas de la barbarie. Es pena que no continuara con nosotros unos años más. ¿Dónde vamos?

—Llévame a la próxima parada del tranvía. Allí nos separaremos. ¡Es necesario! ¡No insistas!

—Te obedeceré —se resignó Usaburo Kuni.

Cinco minutos más tarde, con expresión sombría, vio alejarse el vehículo que llevaba a la joven al centro de la ciudad. Pensó seguirla, pero desechó la idea.

Detuvo un “taxi”, y poco después entraba en el despacho del inspector John Ferris, quien le saludó afectuoso, preguntándole:

—¿Qué te trae por aquí?

—No quiero ser un “informador” del F.B.I., sino un agente.

—Habrás de pasar por la Academia de Quantico.

—No me importa. Kasuko Hirano, a quién tal vez conozca por mediación de uno de sus hombres, corre un grave riesgo.

—Lo sé. Hemos adoptado las medidas oportunas. ¿Algo más? He de marcharme.

—Sí. Que me permita defenderla. Así podrá juzgarme. La muchacha es amiga mía. En tiempos estuve enamorado de ella, aunque sin esperanza.

Los ojos de John Ferris se clavaron en los del japonés.

—¿No obrarás impulsado por un desengaño sentimental?

En el F.B.I. ingresan solo los patriotas. No nos sirven ni los aventureros ni los desesperados.

—No soñé casarme con Kasuko. Sin embargo, la quiero. No lo sabe ni lo sabrá jamás.

—Acepto tu ayuda. Tu ingreso habremos de discutirlo más despacio. Si en un futuro el Japón y los Estados Unidos se declararan la guerra, ¿cuál sería tu comportamiento?

—¿Traicionarías a tu raza? Los intereses de los países, aún en paz, son muchas veces contrarios.

El silencio fue la respuesta. El inspector continuó:

—Nosotros no ignoramos que con los “informadores” no puede contarse en absoluto, porque, salvo excepciones, defienden a su país. Nos son útiles, como ahora tú, para luchar contra el enemigo común, pero nada más. Me has hecho dos peticiones y he contestado a una. ¿De veras te agradecería colaborar en la salvación de Kasuko?

—Sí.

—Vendrás conmigo. Toma una pistola. No te importe emplearla contra los que nacieron en tu misma tierra. Ellos se han vendido al oro extranjero. ¿Vamos?

Los dos hombres, en pie, se estrecharon la mano. Ferris comentó:

—Me gustaría tenerte a mis órdenes... El “informador” que nos presentó tuvo clara visión de tu valía... Representas el nuevo Japón...

CAPÍTULO IX



UBUHITO Abe, en una cabaña instalada en terrenos de cultivo, a dos millas de Tokio, miró triunfante a los que le rodeaban.

—Ella vendrá. Es lamentable acabar con una joven tan hermosa, pero...

—¡Miserable! —insultó Sadao, que atado a una silla miraba al oriental con ojos de odio.

Denis Polt avanzó un paso para castigar la injuria. El japonés se lo impidió.

—¡Quieto! Son lógicos sus sentimientos.

Cuatro individuos, tres asiáticos y un europeo, permanecían silenciosos junto a la puerta.

—Id a reforzar a vuestros compañeros. Conviene extremar las precauciones. No olvidéis mis órdenes.

Una vez solos Oubuhito, Polt y Sadao, el primero preguntó:

—¿Por qué nos vendiste?

—No lo hice.

—¿Lo hizo Kasuko?

—Tampoco. Debieron recibir alguna confidencia.

—¡Tuya! Si confesaras tu culpabilidad quizá tu hija viviera.

En los ojos de Sadao brilló una luz de esperanza.

—¿Es cierto lo que dices?

—Sí. ¿Qué le contaste a Carry? ¿Sabe quién es nuestro jefe supremo?

—No. Yo tampoco. Le conozco de la tarde en que capturaron a Kasuko. Apenas si habló y apenas también pude verle la cara. Hasta ese momento creí que eras tú —la imaginación de Sadao trabajaba intensamente al mentir—. Walter dijo que me ayudaría y creí en su palabra. Me referí a la casa del camino de Yokohama y a los billetes falsos.

Inclinó la cabeza con pesadumbre. Su muerte era segura. ¡Si sirviera al menos para salvar a su hija! La frase mordaz de Oubuhito le convenció de lo inútil de su sacrificio.

—Convicto y confeso. Denis, eres testigo de su declaración. Son las once. No puede tardar. No quiero ruido. Liquidala de una

puñalada cuando te haga una seña con la mano. Hazlo por la espalda para que no grite.

Sadao pretendió romper las cuerdas que le inmovilizaban, no consiguiendo otra cosa que destrozarse las muñecas.

—¿Crees que Carry la seguirá?

—Habrá hecho lo posible. El único temor que tengo es que Kasuko haya sido demasiado lista, desorientándole.

La habitación estaba iluminada por un candil de petróleo. A su luz difusa, los rostros adquirían extraños reflejos. El silencio abrumaba a los reunidos. Sadao pensaba en su hija. Y Oubuhito y Denis en la posibilidad de un ataque en masa del F.B.I.

Sonaron pasos y unos discretos golpes en la puerta. La frente del prisionero se cubrió de sudor.

—Mátame a mí primero —pidió.

El japonés no respondió. Denis Polt franqueaba la entrada a Kasuko Hirano, quien, sin reparar en sus enemigos, se abalanzó a su padre, abrazándole gozosa. Él la reprochó:

—¿Por qué has venido? Debiste llamar a la policía.

—No. Es mejor resolver los problemas sin ajenas intervenciones. Vengo a negociar tu libertad.

—¿Cómo? —inquirió Oubuhito.

—Entregando a Walter Carry.

La afirmación desconcertó a los reunidos. Sadao reprochó:

—¡No te hagas solidaria de un crimen! Acepté el dinero de estos hombres y estoy condenado. Tú...

Calló. Ella también moriría. Vigiló ansiosamente la mano que Denis Polt ocultaba en uno de los bolsillos laterales de la americana. Ella repuso:

—Es cosa decidida.

La pausa fue larga. Oubuhito Abe fingió acceder.

—¿Dónde podremos encontrar a ese espía? Todo ha de realizarse antes de que amanezca.

—¿A cambio de nuestra vida?

—Sí.

—¡No lo creas! Pensaban matarte a ti también. Lo harán apenas no les sea útil —intervino Sadao.

Con una sonrisa amable, el oriental negó.

—No escuche a su padre, señorita. Es muy nervioso y tiene miedo.

El aludido se mordió los labios, palideciendo.

—¡Quítame las ligaduras y te lo demostraré, cobarde!

—No perdamos tiempo, Kasuko. ¿De qué procedimiento va a valerse?

Ella sonrió. Su estratagema comenzaba a dar resultado.

—Primero ha de ponerle en libertad. Yo me quedaré con usted para responder de mi promesa.

—¡Su vida no le pertenece ya! Al entrar aquí era un cadáver, lo es ahora. Tiene dos minutos para decidirse. Si no revela el paradero de Carry, Denis acuchillará a su padre en su presencia. Luego la llevaremos con nosotros, y mediante un interrogatorio, en el que no vacilaremos en emplear todos los medios, hasta los más increíbles, confesará.

La cínica sonrisa de Oubuhito estremeció a la muchacha, que retrocedió un paso.

—¡No serán capaces!

—¡Claro que sí! Sea razonable. Han transcurrido treinta segundos. El minuterio de la vida es siempre, pero más en esta ocasión, el minuterio de la muerte. Prepara el puñal, Denis. Clávale en la garganta. ¿Acaso es falsa su proposición y solo pretende salvar a Sadao? Su gesto indica que he acertado. El morirá. Usted no. Ha de tender una trampa a su amigo. Por última vez, ¿y Walter Carry?

—Apuntándoles y dispuesto a matar —repuso una voz burlona desde la puerta, que quedó entornada al entrar la joven—. ¡Alcen los brazos! Tú, Kasuko, desata a tu padre.

La joven, tras una breve vacilación, hizo lo que el miembro del F.B.I. le indicaba. Oubuhito y Denis, con las manos en alto, vigilaban al intruso para aprovechar su menor distracción.

—¿Cómo pudo burlar a mis hombres?

—Se lo voy a decir, mientras Kasuko termina de deshacer nudos, para evitar que nos aburramos. Apenas supe el domicilio de la que conocí en Honolulu Janet Slater, hice una derivación telefónica. Hay un escucha que capta las conversaciones. Al abandonar la casa, tras una violenta escena, comprendí que usted y sus hombres tendían una doble red para ella y para mí. A las cinco, luego de vigilar los alrededores con un autogiro, me escondí en el montón de paja que hay a la derecha de la cabaña. Ustedes vinieron más tarde. ¡Si viese, Oubuhito, cómo me burlé oyéndole dar instrucciones para mi captura! ¿Terminaste?

—Sí. ¿Qué hago ahora?

—Ponte en un rincón. Entre tu padre y yo nos bastaremos.

Sadao, tras unas flexiones para acelerar el movimiento de la sangre, miró interrogante a Carry, que ordenó:

—Desármeles. Procure no interponerse entre ellos y yo. Eso es. Dispare tres veces desde la puerta.

—Pero... ¡hay más de diez hombres rodeando la casa! ¡Se nos echarán encima!

—Tendremos que resistir. Dos helicópteros de transporte aguardan la señal, a quinientos metros sobre nosotros. Haga lo que

le he dicho.

Salió el padre de Kasuko Hirano.

—Perdió la partida, Oubuhito.

—Aún no. Es muy arriesgado lo que intenta.

Tres detonaciones sembraron la alarma. Sadao regresó, cerrando la puerta con una tranca de madera. En su mano izquierda empuñaba la automática que arrebatara a Oubuhito.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—Encañóneles y haga fuego al menor gesto de resistencia. Que se pongan de cara a la pared, con los brazos en alto. Procure situarse fuera de la línea de tiro —repuso Carry.

Sadao obedeció, y todos, con los nervios en tensión, aguardaron el momento en que quizá tuviesen que luchar contra un enemigo superior en número.

Oyéronse voces. Alguien golpeó la puerta, inquiriendo:

—¿Ocurre algo, Denis?

—Sí —contestó Walter—. Si iniciáis el ataque vuestros jefes serán los primeros en caer.

Clavó el cañón de su arma en la espalda del lugarteniente de Oubuhito Abe.

Insistieron fuera. Carry, indicando a Kasuko con el gesto que se arrojará al suelo, replicó:

—El miedo le ha paralizado la lengua.

Hubo una breve tregua, durante la cual los secuaces de Oubuhito cambiaron impresiones. Su decisión fue la de atacar. Una descarga cerrada atravesó puertas y paredes. Sadao, alcanzado en el pecho, se dobló, con un gesto de dolor. El miembro del F.B.I. fue a acercársele. Él se lo impidió.

—Responda al fuego. Me queda aliento para tener a nuestros enemigos a raya. Mi hija me ayudará.

Retembló la frágil hoja de madera que obstaculizaba la entrada. Walter oprimió, furioso, el gatillo. Oyéronse maldiciones y gritos de dolor. El plomo perforaba las paredes amenazando la vida de los que, en el interior, comprendían que de no recibir pronto ayuda su fin era indudable.

Kasuko Hirano, junto a su padre, vigilaba a Denis Polt y a Oubuhito Abe, quienes, milagrosamente ilesos, esperaban recibir de un momento a otro un balazo. La audacia del japonés les sorprendió. Había saltado a su izquierda, y con felina agilidad se abalanzó contra Sadao, que apretó el gatillo, sin alcanzarle. Carry clavó una bala en el costado de Denis, que intentaba secundar a su jefe.

La puerta se abrió, y un tableteo de ametralladora indicó que los miembros del *Federal Bureau of Investigation* destacados en Tokio

acudían en socorro de su camarada. Walter, viendo al oriental escudarse detrás de la muchacha, se arrojó a él.

Chocó contra Kasuko, que gritó de dolor y de espanto. La escena era de indescriptible emoción. En el exterior, los japoneses caían acribillados, en una auténtica masacre. En la cabaña, Oubuhito, desarmado, corrió a la puerta. Carry apuntó cuidadoso, apretando el gatillo. Un “clik” metálico le indicó que el percutor golpeaba en el vacío.

Fue a salir en su persecución, pero Kasuko se lo impidió, sujetándole con fuerza.

—¡Te situarás entre dos fuegos!

—No importa. Ese miserable no debe escapar.

Se desasíó de un brusco tirón, y, sin tiempo para meter un nuevo cargador en la “German Luger”, alcanzó el exterior. Los fogonazos rasgaban la noche. Los proyectiles le obligaron a arrojarle a tierra. Un grupo de hombres avanzaba en abanico. En el suelo había varios muertos.

¿Por dónde marchó Oubuhito? Una descarga cerrada le impidió incorporarse. Hubo de esperar para no ser matado por sus compañeros, quienes, de acuerdo con las instrucciones recibidas, ametrallaban cuanto se movía.

Permaneció quieto, llamando en voz alta:

—¡Ferris!... ¡Ferris!

—Aquí estoy. ¿Ileso?

—Sí, inspector. Ordene una batida por los alrededores. Oubuhito escapó.

Oyóse una maldición. Walter se puso en pie. Hugh Ellis fue el primero en estrechar la mano del agente.

—Buena batalla. ¡No faltó ni el apoyo de la aviación! Vamos dentro.

Los dos hombres penetraron en la choza. Kasuko Hirano sollozaba sobre el cadáver de su padre.

—Se portó heroicamente —explicó Carry—, lavando con sangre su pasado. Merece nuestro respeto y agradecimiento —acarició el cabello de la mujer—. Serénate, querida. No tiene remedio.

Consciente con el cumplimiento de su deber, se apartó de la que amaba, arrodillándose al lado de Denis Polt. Hizo una seña a Ferris y a Hugh para que no se acercaran.

—Hemos matado a Oubuhito Abe y a los demás. Solo tú te salvaste.

El herido miró al que le hablaba.

—Me estoy muriendo.

—No lo creas. Bastará una primera cura y el traslado a un hospital. ¿Y la fábrica de falsificación de moneda? Si colaboras con

nosotros tendrás un eximente ante los tribunales que te juzguen.
¡Vamos! ¡Di!

—Ellos se... vengarían.

—No existen.

—Sí. Oubuhito no es el jefe... Hay un tal Kravchenko... —sus ojos se vidriaron. La muerte reclamaba su presa—. Barco... barco...

Su cabeza cayó sobre el hombro.

—Ha dicho bastante —comentó el del Estado Mayor—. ¡Kravchenko en Tokio! ¿Ha oído, Ferris?

—Sí, y resulta increíble. ¡A los autogiros! Hay que actuar con rapidez.

—Esperemos a que regresen los hombres, John. Oubuhito tendrá que ir a pie al puerto. Nosotros le adelantaremos.

Ellis, que observaba a Kasuko, compadecido de su dolor, la alzó, sujetándola por los brazos.

—Sea fuerte, señorita. Para todo el mundo su padre ha muerto en defensa de los intereses de su patria. Su prometido y usted se lo merecen.

La muchacha levantó el rostro, surcado de lágrimas.

—Gracias.

Los agentes que persiguieron a los dispersos secuaces de Oubuhito, regresaron con prisioneros.

—Nadie escapó —dijo, gozoso, Usaburo Kuni, cuyos ojos brillaban de excitación.

Kasuko Hirano, que había reconocido la voz, le miró con sorpresa.

—¡Tú...!

—Sí. Aspiro a ser, como Walter, un agente federal.

Ferris hizo una seña a Carry. Con la linterna examinaron los rostros de los cadáveres y de los detenidos. El japonés no estaba entre ellos. El inspector preguntó:

—¿Cómo obraría usted?

—Sin precipitaciones. Denis habló de un barco. Hay que informarse de los que llevan anclados más de una semana y proceder por eliminación. Mientras tanto, lanchas rápidas bloquearían el puerto.

—Someteré su plan a Ellis. Reunámonos con él.

—Espere. Que Usaburo Kuni acompañe a Kasuko a su casa. Hemos de pensar en ella. ¿Es un “informador”?

—Sí; vale mucho.

Le fue difícil convencer al joven de la necesidad de hacer lo que se le indicaba.

—Actuaremos de día y no interesa que nadie le reconozca.

Quince minutos más tarde, dejando algunos agentes de guardia,

los restantes miembros del F.B.I., después de pedir la colaboración de las autoridades japonesas, volaban en dirección a Tokio. Ellis dijo a Usaburo:

—Aterrizaremos en el patio de la embajada, en el centro de la ciudad.

Walter imaginó a Oubuhito Abe caminando campo a través en dirección al puerto de Shinagawa. Ignoraba que el japonés...

* * *

Seguro de que solo la astucia podría salvarle, apenas salió de la cabaña evitó reunirse con los suyos, quienes, tras el montón de paja donde afirmó haberse escondido Walter, se enfrentaban a sus adversarios.

Corrió en dirección a un bosquecillo en el que dejara escondido su automóvil. Iba desarmado, pero en una de las bolsas laterales de la cabina del conductor guardaba un revólver.

Puso en marcha el vehículo. El tiroteo continuaba, aunque con menos intensidad. Era preciso avisar con urgencia a Alexi Kravchenko.

Conforme se alejaba del peligro, se formuló un interrogante: ¿Para qué? Ninguno, a no ser Denis, conocía el secreto del navío, y estaba muerto. Era necio precipitarse.

Al aproximarse a Tokio encendió los faros a fin de no ser detenido por los agentes de tráfico. Miró su cronómetro. Las doce de la noche.

No ignoraba el precio de Un fracaso en la organización a la que pertenecía y decidió desvirtuar la verdad.

Guardó el coche en un garaje del barrio portuario y se encaminó a unas anchas escaleras de cemento. Eligió entre varios botes, sujetos con cuerdas a garfios de hierro empotrados en el muro de cemento, y montando en uno desató el amarre.

Izóse al “Hu-ku” por una escalera de cuerda que pendía de babor. Un marinero se acercó.

—¿Y Alexi? —le preguntó.

—Abajo —fue la seca respuesta.

Oubuhito, pensando en su coartada, llegó al despacho de su jefe, quien le miró fijamente, sin hablar. Kravchenko era un hombre de recia personalidad, cuya presencia imponía pavor a sus subordinados. El japonés, pese a su proverbial tranquilidad, sentíase desconcertado ante el ruso.

El silencio fue cortado por una palabra, que surcó el aire como un trallazo.

—¿Noticias?

—Sadao y Denis han muerto.

—¿Y la mujer?

—Pudo escapar, ayudada del agente del F.B.I. Caerán en la próxima trampa que les tienda.

—Merman tus facultades, Oubuhito.

El interpelado se estremeció.

—No. Es difícil luchar contra ese hombre. Deme otra oportunidad.

—Nuestra misión está a punto de fracasar por culpa suya. ¿El atentado al Emperador?

—Tomé las medidas pertinentes. ¿Y Vladimir?

—Empaquetando billetes para iniciar la distribución... ¡Quiero saber la verdad, Oubuhito!

El japonés no pestañeó.

—Es la que he dicho.

—Lo celebro por ti —fue el seco comentario.

Alexi Kravchenko se incorporó, paseando por el despacho. Su semblante expresaba contrariedad. Se encaró con su subordinado.

—Un solo hombre nos está derrotando: Walter Carry. ¿Cómo explicar esto?

El interrogante no obtuvo respuesta. De lejos llegaba, amortiguado, el ruido de las máquinas de imprimir. Alexi pulsó un timbre, y un marinero, que montaba guardia en la puerta del camarote, entró a recibir órdenes.

—Diga al contraamaestre que disponga el buque para zarpar. Hemos de evitar riesgos inútiles. Esta misma noche se efectuará el traslado de los billetes. Tú, Oubuhito, quedarás en Tokio. Nosotros marcharemos a otro lugar de la costa.

—No hay peligro.

—Si aún vivo es porque nunca dejé de tomar precauciones...

CAPÍTULO X

J

OHN Ferris, junto a Hugh Ellis y Carry, con la colaboración de las autoridades niponas, movilizó fuerzas de aviación y de marina con la orden terminante de impedir abandonar el puerto a ningún barco.

—¿Sigue estimando que debemos esperar a que amanezca, Walter?

—Sí, pero no soy yo quien manda. ¿Me permite examinar la relación de navíos anclados?

—Tenga.

Leyó detenidamente la lista que escribió el inspector, dictada telefónicamente por la Jefatura naval. En ella se indicaba, además de la nacionalidad de los buques, las fechas de partida o los motivos que lo impedían.

—¿Cuánto se tarda en carenar un barco? —preguntó.

—Depende —repuso Ellis—. ¿Le ha llamado la atención el “Hu-ku”? Es de nacionalidad china. Vino con un cargamento de arroz.

—Ya lo veo. Para ser sincero con ustedes, necesito de antemano su aprobación.

—Según lo que proponga —repuso Ellis—. No estamos dispuestos a permitir que le maten.

—Si atacamos en masa, resistirán. No habrá prisioneros. Los heridos serán rematados por el último superviviente. Es preciso que un buen nadador, provisto de una bolsa impermeable para las armas, compruebe si efectivamente el “Hu-ku” es el buque que nos interesa, y actúe. Conviene apoderarse de una relación de complicados y miembros directos de la organización, y si no existiera, de Oubuhito y de Kravchenko, para obligarles a declarar. Si se ven perdidos se hundirán con el barco.

—¿Cómo tan repentino cambio de parecer?

—Me remordía la conciencia engañarles. Ideé hacerlo sin su autorización. Quiero culminar por mí mismo este asunto. El resto de los hombres, en lanchas rápidas, esperarán mi señal, que será un disparo. ¿Qué le parece, señor Ellis?

—Suicida. Usted no conoce a Kravchenko.

—Yo le apresaré. Para un asalto general siempre hay tiempo. Si no me autorizan creeré que hubiera sido mejor ocultarles la verdad. ¡Vamos, decídanse!

El hombre del Estado Mayor, encogiéndose de hombros, repuso:

—Nada le obliga. Le acompañaré.

—No. Uno solo pasa más inadvertido. Nos reuniremos en Spinagawa, junto al faro.

—¿Dónde va ahora?

—A casa de Usaburo Kuni, a ver a mi prometida. Son las dos menos veinte. A las dos y cuarto me reuniré con ustedes.

Salió, sin esperar respuesta. John Ferris quiso disculparle.

—¡Es un gran muchacho! ¡Quizá demasiado impetuoso!

—La gran virtud de los valientes. No perdamos segundo. Se inicia la última ofensiva...

* * *

Carry llegó al domicilio del “informador” federal, cuyas señas recabó en el autogiro. Una ventana encendida le hizo comprender que alguien velaba. Sin duda la muchacha.

Pulsó el timbre y la puerta se abrió. Usaburo exclamó, sorprendido:

—¡Walter! ¿Terminó ya todo?

—Aún no. ¿Y Kasuko?

—Hablando con mi padre. Él la ha serenado. Pase.

Entraron en un gabinete en el que Meiji y la muchacha conversaban. Oyeron las palabras del anciano.

—Si la muerte salva el honor, bien venida sea. Sadao, con su sacrificio, se purificó. Debes alegrarte de que así haya sucedido.

Usaburo esperó a que terminara la frase para presentar a Walter.

—Es el americano del que te hablamos, papá.

—Mucho gusto en conocerle, señor. Siéntese.

—Gracias. Apenas si dispongo de tiempo. Temí encontrar a Kasuko desconsolada.

—El dolor es privativo de las almas débiles. No sería digna de su raza. ¿Se marcha? ¿Desea decirle algo en privado?

—No. Mis frases no pueden igualarse a las suyas. Usted y su hijo representan el digno pasado y el venturoso porvenir del Japón. Me honro en servir a su pueblo.

Meiji inclinó la cabeza, en una leve reverencia.

—Gracias. Acaba de tomar posesión de mi humilde vivienda.

Carry estrechó la mano de la joven.

—Cuando todo termine regresaré a buscarte.

—¡No te expongas demasiado! ¡Prométemelo!

—Me esforzaré en complacerte.

—Sal a despedirle, hija —sugirió el padre de Usaburo—. ¿No te agradaría?

Walter y la muchacha abandonaron la estancia. Ya en la calle, él la besó apasionadamente.

—Prométeme que no te dejarás abatir de nuevo y reza por mí.

—Sí ¡¡Vuelve!!

En la petición de Kasuko vibraba el temor.

—No te preocupes.

Ya en el coche, hizo un gesto de saludo y partió a enfrentarse con la poderosa organización de espionaje.

Llegó a Shinagawa a la hora prevista. El inspector John Ferris le saludó cordialmente.

—Si fuera su novia me enfadaría. Ha sido demasiado puntual en dejarla.

—Me urge acabar. ¿Todo previsto?

—Sí.

Walter se quitó el traje, vistiendo unos pantalones de deporte con dos amplios bolsillos delanteros cerrados con cremalleras.

—Ahí podrá guardar las armas una vez suba al buque. En esta bolsa lleva una metralleta, cargadores y media docena de granadas. ¿Le falta algo?

—Un cuchillo.

Hugh Ellis le entregó un afilado puñal, cuya hoja centelleó a la luz de la luna.

—Suerte. En barcas, rodearemos el “Hu-ku”.

Carry estrechó las manos del miembro del Estado Mayor y de John Ferris, zambulléndose. La silueta del navío sospechoso se recortaba a lo lejos. ¿Y si no era aquel?

Mientras braceaba acompasadamente, evocó a Kasuko Hirano, a la que quizá no volvería a ver, a Sadao, a Denis Polt, al misterioso Alexi Kravchenko, a Oubuhito Abe... ¡Víctimas y verdugos!

Apretó los dientes con ira. Era forzoso apresar a los miserables que, a sueldo de una potencia extranjera, sembraban el horror y la muerte.

Los rayos de luna reverberaban en las aguas mansas de la Bahía de Tokio. El faro, en su contiguo girar, era un mensaje que la tierra enviaba a los navegantes. El silencio, de tan absoluto, adquirió sonoridad propia.

Tardó veinte minutos en alcanzar el buque mercante. Muy despacio, fue rodeando el casco, con la esperanza de hallar una escala o maroma que le permitiera izarse. La encontró cuando ya desesperaba de ello y se reprochaba por no haber llevado una cuerda con un garfio.

Por dos veces la zarandéo para comprobar si el centinela, caso de existir, se apercibiría de su subida. No fue así, y a pulso llegó a la cubierta. No vio a nadie. ¿Serían erróneas sus suposiciones?

Tras unas cubas, esperó. El corazón palpitábale fuertemente.

“Es necio que adopte tales cuidados. La embarcación está desierta”... Por encima de lo que su cerebro le gritaba, algo le retenía en su escondite. Quizá ese instinto del peligro que en Vietnam, en plena jungla, le hizo adivinar la proximidad de la muerte. Rasgó la bolsa impermeable, apoderándose de las armas.

Iba a iniciar el registro. Una tos ronca, seguida de una maldición, le retuvo en su sitio.

—Ese cochino de Nevis siempre se retrasa en el relevo.

Orientándose por la voz, distinguió a un individuo, en pie, a unos diez metros de distancia. En un rollo de cuerda había una pistola de grueso calibre.

Era necesario aguardar a que cambiase el turno de vigilancia. Con la metralleta crispada entre sus manos y las granadas en los bolsillos del pantalón, pensó en el fracaso de sus planes de haberse dejado llevar por el impulso. Una vez que redujese a la impotencia al llamado Nevis, dispondría de unas horas sin que ningún cambio de guardia le delatase. ¿Tardía el que impacientaba al centinela? La respuesta la tuvo al oír:

—¡Hola, Morgan! ¿Qué tal la noche?

—Aburrida. Tampoco hoy eres puntual.

—Toma un cigarro. Estoy harto de perder el tiempo sobre cubierta. Pero hay que seguir, no se puede hacer otra cosa.

—Yo también. Voy a darte una buena noticia. El contramaestre ha recibido la orden de zarpar mañana. ¡Es insoportable que no nos permitan ir a tierra!

—No tiene remedio ¿Te vas?

—Sí. Me muero de sueño.

El llamado Morgan descendió por una escalera de caracol, dejando solo a Nevis. Luego de pasear unos minutos, se sentó donde estuvo su compañero, de espaldas al agente del F.B.I. quien, convencido del valor de los segundos y de que el “Hu-Ku” era el cuartel general del espionaje enemigo, avanzó con sigilo. Sus pies desnudos no hacían el menor ruido al posarse en los gruesos tablones de cubierta. La metralleta colgaba a su espalda y en su izquierda llevaba el puñal. No quería matar al marinero, sino inmovilizarle con un certero golpe de *Jiu-Jitsu*.

Cuando alzaba el brazo para propinar el golpe a su adversario, este se puso en pie y advirtió su presencia. El asombro le impidió lanzar un grito de alarma y ello le perdió. El cuchillo clavóse hasta la empuñadura en la garganta de Nevis, que, con un débil estertor,

cayó exánime.

Limpio el acero en la camisa del hombre. ¿Habría más centinelas?

Con la metralleta en disposición de disparar, descendió por una escalera metálica. Muy lejano llegó a sus oídos el rítmico sonar de unas máquinas. ¿Por qué no retrocedía y avisaba a sus compañeros?

Desechó la idea. Necesitaba capturar vivo a Oubuhito Abe. Si Alexi Kravchenko era tan peligroso como aseguraban, la falta de vigilancia atestiguaba lo contrario, a no ser que...

Voces de hombres interrumpieron sus reflexiones. ¡Se acercaban! ¿Dónde esconderse?

En la amplia bodega, iluminada con bombillas eléctricas sujetas al techo, apenas si había rincón en el que ocultarse. Lo hizo tras unos fardos. Pasaron, lentos, los minutos. Nadie entró.

Erguido, dispuesto a vender cara su existencia, avanzó hasta una escala que comunicaba con los departamentos inferiores del buque. Pronto llegó a un pasillo, con puertas a ambos lados. “Los camarotes de la tripulación”, se dijo.

Hizo girar un pestillo, penetrando en uno de los cuartos. ¡Era el destinado a radiotelegrafía! Una idea cruzó por su cerebro. ¡Avisar a la Embajada de Tokio para que pusiera en conocimiento de John Ferris la verdadera situación!

Emitió un breve mensaje. “Ataquen inmediatamente el “Hu-ku”. Comuniquen inspector. Lanchas onda corta”.

No bien hubo terminado, la puerta se abrió y en el umbral apareció un hombre con el uniforme de oficial de la marina mercante. Al verse encañonado por la metralleta y frente a aquel ser semidesnudo, con el cabello mojado sobre la frente, alzó los brazos, sin que fuera necesario que Carry se lo exigiera. Sus ojos no denotaron terror, sino sorpresa.

—Cierre —mandó Walter.

Fue obedecido sin replicar. El recién llegado parecía un ser inofensivo por su docilidad.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Un tripulante. ¿Qué busca?

—A Alexi Kravchenko. ¿Le conoce?

—Le odio.

Impresionó a Carry la desconcertante réplica.

—¿Por qué?

—Él se apoderó del barco y con amenazas nos obliga a obedecerle. Le secundan un grupo de asesinos mandados por un japonés. Mataron al piloto y al telegrafista. Sentí el aparato y entré.

No. Walter no podía confiar en el que así hablaba.

—Vuélvase de espaldas.

—Espere. Sé que va a golpearme para evitar una posible traición. Su comportamiento demuestra que es usted enemigo de ese maldito ruso. ¡Deme oportunidad de ayudarlo! Le ofrezco media docena de hombres decididos.

—¿Chinos?

—No. La tripulación y la oficialidad del “Hu-ku” está integrada por europeos. Zarpamos de Formosa y hubo un motín a bordo provocado por Kravchenko, que se enroló como marinero. Hiciéronse dueños de la Situación y vinimos a parar aquí. De noche subieron maquinaria para falsificar billetes americanos.

Carry dudó unos segundos. La prudencia venció de nuevo a su necesidad de disponer de fuerzas suficientes para aniquilar a Oubuhito Abe.

—No puedo fiarme.

—Lo comprendo. En uno de los rincones hay cuerdas. Áteme. No haré la menor resistencia.

Tan convincentes eran las palabras del oficial, que Walter, sin descuidar la vigilancia, se dispuso a inmovilizar a su interlocutor.

Encontró un rollo de grueso bramante a la izquierda del aparato y, colgándose la metralleta, indicó:

—Vuélvase. Ponga las muñecas juntas.

La reacción del marino, por lo inesperada, sorprendió a Walter, que rodó por el suelo, aturdido. El puño derecho del que dijo ser víctima de Alexi Kravchenko había golpeado en la mandíbula con increíble fortaleza. Carry no se rindió y quiso esgrimir su arma. No pudo conseguirlo. Un revólver le encañonaba.

—Levántese. Sea tan dócil como yo y quizás recobre la perdida ventaja. No vacilaré en matar. ¿Qué lleva en esos bolsillos? No acerque las manos.

El cañón de la pistola apuntaba el vientre del miembro del F.B.I. Walter comenzó a llamarse necio, más un brusco choque en la cabeza, sumiéndole en la inconsciencia, cortó sus reproches.

Al despertar estaba sentado en un butacón, con los brazos ligados a la espalda y los tobillos sólidamente sujetos. Detrás de una mesa de despacho se hallaba el que le engañara, conversando con Oubuhito Abe.

—Comenzaba a reprocharme haberle pegado fuerte. Estuvo media hora sin conocimiento. No se alegre por el tiempo transcurrido. Su aviso fue recibido por uno de nuestros hombres.

—Interceptado —corrigió Walter.

—No. Ya no me importa decírselo, porque le ordené trasladarse aquí para huir del Japón. Uno de los telegrafistas de la Embajada está a mis órdenes. ¿Muy sorprendido?

—Sí y no. Sabíamos de la existencia de un traidor. Eso quiere decir que...

—Conozco mi peligrosa situación. Sé que sus camaradas rodean el “Hu-Ku” con lanchas rápidas. Fracasarán. Un hidroavión amará junto al barco. No nos interesa utilizar el helicóptero oculto en cubierta. Le llevaremos a usted con nosotros. Quizá mis jefes quieran interrogarle. Aquí se queda mientras destruimos todo rastro. Al partir abriremos unas válvulas y el resto de las pruebas, máquinas de imprimir, grabados y huellas se hundirán en el mar. ¿Qué le parece?

—Digno de Kravchenko —dijo Carry—. Menosprecié su valía, Alexi. Ya es tarde para enmendar el error. Celebro que mande usted. Ese mono amarillo que me mira con odio no podrá saciar sus instintos bestiales. He de admitir que me engañó. Oubuhito, sin embargo, ha cosechado derrota tras derrota. Si no me asesinan, tendré la satisfacción de encontrármele en Siberia.

—No intente enfrentarnos, Walter. Es inútil. Vamos. No podemos perder un minuto.

Salieron del despacho. Carry oyó la doble vuelta de llave al ser echada, y en un esfuerzo desesperado, considerándose perdido, quiso enmendar su torpeza.

Contorsionando el cuerpo, cayó al suelo y rodó hasta la mesa de despacho, en la que había un pisapapeles de mango de cristal. ¡Si pudiera apoderarse de él!

Era inútil. Los muebles, previniendo posibles temporales, estaban sujetos al suelo del camarote.

Recorrió con los ojos la habitación. La idea de que en aquellos instantes se estuvieran destruyendo los datos por los que tanto arriesgó, amenazaba enloquecerle. Arqueó los codos en un vano intento de romper las cuerdas que le inmovilizaban. Un dolor agudo le hizo gemir.

Hugh Ellis y John Ferris no actuarían sin que él hiciese la señal. Cuando, perdida la paciencia, se decidiesen, sería tarde. Fue un necio, un estúpido vanidoso, al fiar en sus propias fuerzas.

Hubo de reprimir un grito de alegría al arañarse una de las manos con un clavo sin remachar del entarimado. Se tendió de espaldas sobre él y una y otra vez procuró que la cabeza se incrustara entre las ligaduras. Fueron minutos de angustia, pasados los cuales los brazos entraron en violenta tensión. Las fibras, rotas por algunas partes, cedieron algo, aunque no del todo.

Repitió la maniobra, procurando que la cabeza achatada penetrara de costado para intentar sacarla de frente.

Le pareció un sueño verse libre. La sangre le corría por las manos, y las muñecas, circundadas de profundas llagas y

moraduras, dolíanle terriblemente.

Buscó en los cajones de la mesa, hallando las seis granadas que Kravchenko le arrebató. ¡Necesitaba una pistola! La encontró entre unos papeles.

Sin meditar en las consecuencias, abrió el redondo ventanillo que comunicaba con el costado de estribor del barco, haciendo fuego. Después, rápido como el pensamiento, agotó el resto de las balas en destrozor la cerradura del camarote. En el pasillo alguien daba órdenes. Al fondo apareció un grupo de marineros armados de revólveres. Lanzó una bomba de mano, metiéndose de nuevo en la habitación para hurtar su cuerpo a los efectos de la metralla. La detonación fue horrisona.

Antes de que se disparara el humo, avanzó hacia el amasijo de carne y sangre a que quedaron reducidos sus atacantes, apoderándose de dos pistolas. Demostraría a Kravchenko que valía más que él y sus esbirros.

Le dispararon desde un recodo. Walter, de bruces en el suelo, lanzó una nueva granada. La metralla silbó sobre su cabeza, no hiriéndole de verdadero milagro.

Prosiguió adelante, buscando a Oubuhito. Una parte se abrió al fondo. El japonés fue a trasponerla, pero al reconocer a su mortal enemigo, retrocedió, cerrando tras de sí. Carry meditó unos minutos. Vio filtrarse humo a través de las rendijas del camarote en el que desapareció el oriental. ¿Iba a prender fuego al barco, o tal vez se limitaban a quemar los billetes falsificados?

A tiros franqueó la entrada, saltando a la izquierda. Una granizada de balas se estrelló en el lado opuesto del pasillo. Walter penetró encorvado, arrojándose en *plongeon* tras una máquina de imprimir. Kravchenko, que no esperaba tal audacia, perdió unos segundos en precisar la puntería, y ello le perdió. Una bala del revólver de Carry le perforó la mano.

—¡Rendíos! —gritó.

En el puente escuchábase el tableteo de las ametralladoras. Los federales pugnaban por subir al “Hu-ku”. Vio a Oubuhito dirigir hacia él el cañón de una “Thompson” y comprendió que en aquella lucha había que matar.

Disparó una y otra vez. El japonés, con el pecho atravesado por los proyectiles, cayó de bruces. Carry arrojó una bomba de mano a un grupo de hombres que se afanaban en quemar fajos de billetes, y, ciego de pólvora y sangre, sintiendo aullar la muerte en torno suyo, se lanzó al ataque. Algo le golpeó en el muslo derecho. En principio supuso que se trataba de un trozo de metralla, pero una quemadura en un costado le convenció de que corría un riesgo mortal.

Rodó, incapaz de tenerse en pie. El humo era irrespirable y las

llamas amenazaban envolverlo todo.

A través de un espeso velo, tal vez el de la muerte, vio a Alexi Kravchenko. Hizo fuego, sin precisar la puntería, en un desesperado intento. Su enemigo vaciló. De rodillas logró accionar el disparador. Carry, alcanzado en el pecho, apretó a su vez el gatillo. El duelo se desarrollaba a tres metros de distancia.

El revólver de Kravchenko se desprendió de su mano y, ya en el suelo, sus dedos se crisparon.

Walter, sintiendo que la vida se le escapaba, logró incorporarse, apoyando la espalda en la pared.

Semejaba un héroe mitológico. Desnudo, con el cuerpo cubierto de sangre, jadeando de fatiga, miró a la puerta. Fuera, continuaban los disparos.

Las llamas habían hecho presa en la madera del buque. Si John Ferris tardaba, el barco, y con él importantes documentos, reduciríanse a cenizas.

Bruscamente, el piso ascendió a él...

CAPÍTULO XI

E

N torno a la cama que en el Hospital Imperial ocupaba Walter Carry hallábanse, con el doctor Breel, Hugh Ellis, John Ferris, Kasuko Hirano y Emilia Reybaud, quienes guardaban un profundo silencio.

—Despertará pronto —dijo el facultativo—. Su pulso es normal. ¿Luchó contra una legión de demonios?

—Efectivamente. No pudo encontrar frase más apropiada para designar a los falsificadores del “Hu-ku”, doctor. Ya vuelve en sí.

Walter abrió los ojos, cerrándolos inmediatamente.

—Corran las cortinas —mandó Breel—. Le molesta la luz.

La estancia quedó en semipenumbra y de nuevo Carry entornó las pupilas. Durante unos minutos permaneció atónito, no recordando lo ocurrido. El miembro del Estado Mayor habló:

—Le hirieron en el barco y permaneció inconsciente una semana. Pasó el peligro.

El estupor se borró del rostro del bravo agente del F.B.I., quien recordó con fidelidad la dantesca escena de que fue protagonista. El facultativo, discreto, salió de la alcoba.

Walter sonrió a su prometida, que le miraba con cariño, y fue examinando a los que le rodeaban, deteniéndose en Emilio Reybaud.

—¿Cómo usted aquí? ¿Qué significa, Kasuko?

—Es un agente del *Deuxième Bureau* que ha trabajado en colaboración con nosotros —aclaró el inspector Ferris—. Su labor en Tokio data de hace cinco años. ¿Le creyó enemigo?

—Sí.

—No lo es. ¿Satisfecha su curiosidad? El médico nos ha encargado que no le hiciésemos hablar mucho.

—Procuraré obedecerle. ¿Ardió el “Hu-ku”?

—Llegamos a tiempo de apagar el fuego. Las pruebas no habían sido destruidas y hace cuatro días organizamos la más importante redada de la historia. Doscientos traidores de todas las nacionalidades esperan ser juzgados. Las autoridades japonesas nos han expresado su gratitud.

—¿Y el telegrafista?

—Llegó en el hidroavión y le detuvimos. Una escuadrilla de caza le impidió despegar.

Hugh Ellis, que contestaba a las preguntas de su subordinado, sonreía gozoso al comunicarle tan buenas noticias. Carry inquirió una vez más:

—¿Y Kravchenko?

—Muerto. También Oubuhito. Había más de medio millón de billetes falsos de a dólar. ¿Puede contarnos a su hazaña?

Walter lo hizo en breves palabras, sin omitir el engaño de que le hizo objeto el agente ruso. Terminó:

—Celebro haber sido útil. ¿Qué va a enseñarme?

El del Estado Mayor sacó de su cartera varios papeles, dejándoselos en la mesilla.

—Fotocopias de su expediente. Ahí verá que no nos equivocamos al calificarle, sino que lo hicimos, como le dije en otra ocasión, para probarle. Lo pedí por “cable” a Washington, adjuntando un informe de su actuación.

—Gracias, señor Ellis.

—Yo sé las doy a usted en nombre de la patria. Hemos hablado bastante de cosas del servicio, ¿no le parece? Les dejamos solos para que aborden temas menos ingratos. Supongo que Kasuko, que no se ha movido de la cabecera de su cama, tendrá algo que contarle. Volveremos por la tarde. Enhorabuena, Carry.

Abandonó la habitación con el inspector. Hubo unos segundos de silencio. El contempló con cariño a la mujer.

—¿No me guardas rencor, Kasuko? ¡Hubiese dado mi vida por salvar la de tu padre! ¿Continuarás siempre junto a mí?

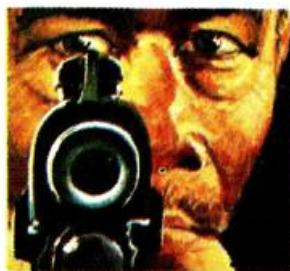
—¡Hasta más allá de la muerte! —fue la apasionada respuesta—. ¿Llegaste a dudarlo?

—No, Kasuko. ¡Te quiero!

Ella, inclinándose, aplastó sus labios contra los de Walter, en un beso interminable...

F I N

FBI
Selecciones



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (Madrid)

10
Ptas.

Notas

[←1]

Respectivamente, ogro con cuernos, enemigo de los niños malos y monstruo con pluma y nariz humana.

[←2]

Entre los muchos títulos con que es designado Hiro-Hito, a más de los ya enunciados, figura el de la Sublime Majestad y el Imperial Hijo del Dai Nippon, (el gran Japón).

[←3]

El “seppuku” o “ahappuku”, denominado vulgarmente “harakiri” es una forma honorable de suicidio mediante la cual los japoneses recobran la dignidad perdida. El morir así es propio de nobles.

[←4]

Instrumento musical de tres cuerdas.

[←5]

Esterillas de pajas.

Corporación Administrativa del Comercio.